

GFS-182-B

Sexto piso
(mecanografiado)

SIXTO PISO.

0-0-0-0-0-0-0-0-0

1^o/_n

S E X T O P I S O .

Comedia en tres actos original de
ALFREDO GEHRI.

Traducción y adaptación de
GUILLERMO TELL. (*Guillermo
Fernández Shaw y José
Tellauche*)

M A D R I D .



CARLOS MANUEL FERNANDEZ-SHAW

P E R S O N A J E S .

Rosita Pimentel.

Irene.

Germana Lafontaine. (a)

Señora Maret.

Berta.

Juana.

Enrique Jonval. (b)

Gastón.

Señor Pimentel.

Max Lafontaine. (a)

El Doctor.

Un inquilino del tercer piso.

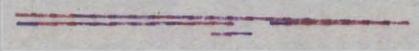
Un mozo de cuerda.

Roberto.

La accion en Paris. Derecha e izquierda las del ac-
tor. Epoca actual.

(a) Pronunciase; Lafonten. (b) Pronunciase; Yonval

- P R I M E R A C T O -



Descripción del decorado que ha de quedar fijo durante toda la obra.

Rellano de escalera y habitaciones a derecha é izquierda de un sexto piso, - visto en sección -, de una casa en el barrio parisiense de Montmartre. El rellano de la escalera en el centro. En primer termino, los últimos peldaños, que llegan al descansillo, y, el pasamanos en la pared de su derecha. Arriba, en la meseta, la barandilla que separa esta del hueco de la escalera. A la izquierda del rellano, un cuarto; el del matrimonio Lafontaine. Falta, como es logico, la pared primera de esta habitación frente al público; así cómo, - a partir de la barandilla -, la mitad del tabique entre la habitación y el rellano. La puerta, pues, está en segundo termino.

Frente a la habitación aludida, que es la n.º 1, se encuentra dispuesta en la misma forma, - a la derecha del descansillo, - la número 7, habitada por los Pimentel. En el lienzo del fondo de este cuarto, se abre otra puerta de comunicación con una estancia interior. Se supone que los Pimentel disponen de una vivienda con tres habitaciones.

El rellano, hacia el foro, se transforma en pasillo, a cuyos lados se hallan las puertas de otros cuartos del piso. A la izquierda, a continuación de la 1, está la 2. Se supone que, ya en el fondo, hay otro pasillo, perpendicular al primero, practicable, al que dan las invisibles puertas de otros hogares.

Los dos cuartos cuyo interior es visible para el público, - o sean el 1 y el 7, - están ligeramente abocardillados. Al través del ventanal del N.º 1 se divisan los tejados de las casas que trepan por las montañas de Montmartre.

La acción de los cuatro primeros cuadros, se desenvuelve durante el verano; las del quinto sexto, y séptimo, en otoño; las del último, al terminar dicha estación. Diferentes detalles de la mise es scena y, desde luego, los cambios de luz, pueden indicar, tanto las diferentes estaciones como las diversas ho-

ras del día o de la noche en que transcurre la comedia.

NOTAS IMPORTANTES. El escenógrafo y Director de escena, pueden estudiar y resolver la forma, de que sin quitar efecto al "truco" de este moderno decorado, las habitaciones y el rellano de la escalera, no precisen estar en alto, sinó, que tengan por base, el tablado del propio escenario, siempre que quede resuelto el importante detalle, de que no pierda efecto la aparición de la escalera, con su pasa-manos, barandillaetc. ya que por dicha escalera, han de aparecer todos los personajes que toman parte en la comedia. De todos modos, el adaptador, quiere hacer constar; que la verdadera propiedad escénica, y el mayor efecto lo ha de constituir, que el decorado sea tál, como ha quedado descrito.

Seria conveniente, aunque no imprescindible, que a la terminación de cada cuadro, no baje el telón de boca, que quedará reservado para las finales de acto. En los finales de cuadro, deben jugar unas cortinas que cierren, y mucho mejor buscar el procedimiento de que unas cortinas convenientemente preparadas, cierren y abran, por el procedimiento denominado en cinematografía; " Ojo de buey ". De lograrlo, ha de coincidir al abrir el "ojo de buey" , con la proyección de " foco ".

Primer Acto

-PRIMER CUADRO-

Germa.- Lo que eres; es un vago.

Max.- Trabajo veinticuatro horas al dia.

Germa.- Si. Y duermes quince.

Max.- Bueno Germana, calla y búscame el botón,
! Por lo que más quieras !

Germa.- Pero. ? como voy a encontrarlo en este lio
de pinceles, papeles y porquerias ?

Max.- (Que ha encontrado, de pronto, su botón)
! Mira, aqui está !

Germa.- Pues...! hala ! Vuelve pronto; que la casera
está al caer.

Max.- ! La casera...! ! Profesión despreciable !

(Se encoge de hombros, abre la puerta,
sale al rellano, acabando de arreglar-
se, y y baja rápidamente la escalera.
Hace algunos instantes ha salido BER-
TA al rellano y ha escuchado medio es-
condida en el ángulo de la derecha.
Cuando el ruido de los pasos de Max
se alejan, va a la puerta de Lafon-
taine y llama por dos veces.

Berta.- ? Se puede ? (Y sin esperar la contesta-
ción entra.
? Has terminado la novela ?

Germa.- Casi..

Berta.- ? Por qué gritaba Max de ese modo ?

Germa.- . Porque se empeña en que nos vayamos a Niza.

Berta.- ? A Niza ?

Germa.- Si. ? No te ha dicho ? Lo del americano está hecho. Es un negocio bomba.

Berta.- (Incredula) ! Que suerte, chica ! ? Y cuanto os dá por lo pronto ?

Germa.- (Afectando no darle importancia) Cincuenta mil francoa.

Berta.- ! Ya es hora ! ! Se acabó la época de las vacas flacas...!

Germa.- Bien dices. (Despreñiativa) Pero, ¿qué son cincuenta mil cochinos franco ?

Berta.- ! Hija ! No los desdeñes...

Germa.- Me ha dicho Max que tendré un lacayo y que todas las noches iremos a cenar al "Pato azul"

Berta,- (Despreñiativa tambien) ! Pach! En el "Pato azul, se come muy mal.

(Sube un murmullo de voces desde los pisos inferiores. Las dos mujeres salen a la meseta de la escalera y se asoman a la barandilla; pero el búrullo cesa

? Tienes hora ?

Germa.- Cerca de las seis.

(Nuevos rumores en los pisos de abajo; pero enseguida se apagan. Las dos mujeres suspendieron su charla para escuchar.

Berta.- Tengo que preparar a Luis el smokig. Va esta

noche a leer poesías a casa de una Marquesa.

Germa.- \$Sabiendo que, también, la otra miente.
! Que lujo ! ? Por qué no vas con él ?

Berta.- Me aburro. Quedé harta de fiestas en la corte de Turquía. ! Aquello si que eran fiestas ! (Pausa) Oye. ? Se te ha pegado la coliflor ?

Germa.- A mi, no. La comimos toda al medio día.

Berta.- (Perfida) ? Con...los cincuenta mil francos os mudareis de casa y del barrio ?

Germa.- ! Por supuesto ! Nos mudaremos enseguida; porque este cuarto, por trescientos francos es un escándalo.

Berta.- Y a propósito del cuarto. ? Vino ayer, la mujer de gris, ?

Germa.- No. Lleva varios días sin venir.

Berta.- ! Que cosa mas rara ! (Pausa) Sube. Se queda parada ante esa puerta. Y en cuanto oye un ruido, baja precipitadamente la escalera para que nadie la vea .

Germa.- Si vuelve, estoy dispuesta a abrir, e interrogarla. ! ! A lo mejor ... busca a mi marido !

Berta.- ! Vamos Germana ! ! Una mujer tan elegante!

Germa.- , Y porqué no ?

(Llora el niño de los Lafontaine Germana entra en su cuarto seguida por Berta.)

Germa.- : El niño ! (Llegando a la cama) : Fijate como se ha puesto el condenado !

(Lo toma en brazos y se sienta en una silla baja para arreglarle.

(Se oyen pasos por la escalera y ambas escuchan.

S^a Maret.-

(Dentro, por abajo.) ¡Ay señor!
(Las dos mujeres salen al descansillo y se asoman por el barandal.

Berta.-

Es ella. La casera. Yo me voy.
(Desaparece por el fondo del pasillo.

Germa.-

(Inclinándose sobre la barandilla.
¿Es usted, señora Maret ?

(Aparece por la escalera la SEÑORA MARET. Cincuenta años. Ha subido deprisa y llega fatigada. Traé en la mano unos recibos y un llavero con llaves grandes.

S^a Maret.- Soy yo, si. ¿No me esperaba?

Germa.- Yo, siempre la espero

S^a Maret.- Pero no me querría usted ver nunca. (Ya llegó al rellano) ? Que ? ¿Volvio su marido ?
¿Encontró al americano, ? ¿No lo encontró
(Pausa) Pues yo no aguardo ni un minuto más

Germa.- Usted se lo dice todo, señora.

S^a Maret.- Es que ya son tres meses, y esto no puede seguir

Germa.- Máx tendrá dinero. Aunque usted no lo crea su americano...

S^a Maret.- ! Cuentos ! Ya la dije que solo aguardaba hasta el día primero. Ayer fué treinta y uno. ¿ Está el dinero ? ¿No está ? Pues...

! largo! Otro talla.

Germa.- Pero. ¿nos echa usted?

S^a Maret.- Creo que hablo clarito.

(Entra en el cuarto n^o 1, cuya puerta había quedado abierta.

¿Le parece a usted bien como está la habitación? ! Esas paredes ! ! Esas alfombras ! Esos muebles ! Pero, ! Cuánta basura, madre mía ! Usted no se va, sin limpiar bien todo esto...

Germa.- No me voy, tiene usted razón. No me voy porque Max no querrá marcharse.

S^a Maret.- Me gustaría verlo; le iba a demostrar que me sobran medios para obligarle.

(Sale del cuarto y va a llamar a la puerta n^o 3, que es la perteneciente a la habitación de su marido.

! Costancio ! ! Costancio ! ?No estás marido? ?No estás, Constancio/

(Se abre la puerta y aparece el SEⁿ NOR MARET, ya arreglado para salir a la calle.

Tengo que decirte dos palabras.

Maret.- Si no son más que dos... Porque tengo prisa.

Maret.- ! Anda dentros, posma ! ! Qué calamidad !

(Le empuja y le obliga a entrar con ella, en el cuarto. La puerta se cierra. MAX reaparece por la escalera; viene leyendo un telegrama. Germana le espera en el umbral de la puerta.

Germa.- ?Qué? ?Conseguiste algo?
(Después de haber entrado en el cuarto

Todo aplazado. Mira el telegrama que me manda. Me lo ha dado un chico de Telégrafos en el portal.

Germa.- Pues, ¡ a ver que hacemos ! La casera esta ahí. Nos echa de la casa:

Max.- Si. Pero, yo no me voy. La señora Maret no me conoce.

Germa.- ¿Y qué hacemos, Max, qué hacemos? ¡Ya no puedo mas.

Max.- ¡ Germana ! (Severo)

Germa.- ¡ Que Germana ni que niño muerto ! (Pausa) Eso es lo que vamos a conseguir. Mira; mira nuestro hijo aún no he podido darle hoy su biberón.

Max.- (Impresionado) ¡ Tienes razón ! (Pausa) Voy a pedirle algo a Pimentel.

Germa.- El, aún no ha vuelto. Además; es ya mucho lo que le debemos

Max.- (Saliendo al descansillo) Maldita miseria!
(Al mismo tiempo sale la SEÑORA MARET de la habitación de su marido.)

~~Buenos días~~ Buenos días, señora.

S^a Maret.- Buenos días , señor Lafontains. ¿Que? ¿Resolvió ya su asunto? (Max baja la cabeza) ¿No lo resolvió? Pues no me hable; se lo suplico. Sé lo que va a decirme: que espera el dinero de un momento a otro; que va a nadar en la abundancia; que el americano ... ! No se fie de los americanos !; es un consejo. Pero, basta de historias. ! Fuera de mi casa !

Max.- Por Dios, no grite ! que se va a enterar la

vecindad !

S^oMaret.- ? Y a usted qué le importan los vecinos ? Si a todos los debe usted dinero. Le doy de plazo una hora. Dentro de una hora el dinero o la habitación.

Max.- Pero, ¿qué tono es ese? ¿Que libertad es esa? Yo soy un artista, señora, ¿usted me entiende?

S^oMaret.- Le entiendo, y para mi, como si fuera el Archipámpano de las Indias ! Yo no conozco mas que mi bolsillo. Se acabaron los trucos.

Max.- Pero...

S^oMaret.- Dentro de una hora la habitación; y bien limpita, eh; bien limpita.
(Le dá la espalda y va a llamar a la puerta de los Pimentel. Rosita se le venta de su butaca, ayudándose con un bastón y abre. Prestó antes atención a cuanto se habló en el rellano a partir de la llegada de la casera.)

Rosita.- Entre, señora.

S^oMaret.- ¿No la molesto? (Muy amable)

Rosita.- Usted no molesta nunca. Siéntese.

S^oMaret.- Trafa los recibos; pero, si no les conviene ahora, es igual

Rosita.- ! No faltaba más !
(Tomando el bolso que tiene sobre la mesita.)

S^oMaret.- (Sentandose) Aquí está el suyo.
(Lo entrega, a cambio de un billete

(que le da Rosita.)

! Ah, si todos los inquilinos fueran como ustedes ! Pero, !Esta gentuza del sexto piso ! Porque es una gentuza...Una verdadera gentuza.

Rosita.- ! Pobre gente !

S^oMaret.- Sí. Pero, !con que insulas! "¡Yo soy artista!", me decia antes ese desgraciado de Lafontaine. ?Que entenderé ese por artista? Tres meses me deben. !Es intolerable!

Rosita.- ?Pero, usted no les echará?

S^oMaret.- Ahora mismo.

Rosita.- Usted no hará eso. ?Y el niño?

S^oMaret.- Que trabaje el padre, que es un holgazán.

Rosita.- No es culpa de él. Depende de su profesión.

S^oMaret.- Pues que lo deje. (Se levanta) Pero, a mi costa, no.

Rosita.- Es imposible que usted los arroje a la calle. (Deteniendo a la casera que inicia el mutis.)
Antes, prefiero...

S^oMaret.- ?Que?

Rosita.- Prefiero pagar yo misma la habitación. Si; lo prefiero. (Buscando en su bolsa)

S^oMaret.- Pero, ?está usted loca? ! Como si le sobra-
ra a usted ! (Viendo un billete que saca
Rosita.)

Pero. ?Y dónde quiere usted que los meta?

Rosita.- ?No está libre el n^o 2?

(Entregándole el billete, que la Se-
ñora Maret toma.)

Se lo ruego. Yo le daré todo lo que deben,
y así tendrán tiempo para devolverse lo.

S^aMaret.- (Después de una breve pausa) Es usted
demasiado buena. La engañarán. Acuérdesse de
lo que le digo. Pero, si es su voluntad...

Rosita.- Si, si. No les diga que fui yo. Es mejor
que no lo sepan.

S^aMaret.- Como usted quiera. ¿Y si el señor Pimentel,
su papá, se entera?

Rosita.- Se lo diré yo, si es necesario.

S^aMaret.- Allá ustedes.

Rosita.- Vaya usted pronto a tranquilizarles.

S^aMaret.- Desde luego, Pero que la otra habitación
la dejen limpia; eso no lo impide ni usted,
ni Napoleón. Y ya lo sabe; no se haga de
miel, que se la comeran las moscas.

Rosita.- Vaya, vaya...
(Sale la casera al descanso, lo atra-
viesa y llama con dos golpes en la
puerta n^o 1, que empuja y abre. Max
y Germana la miran atemorizados.)

S^aMaret.- (Mientras que cruza, dice para si.)
Esta chica es tonta.
(Ya en el cuarto de los Lafontaine.)
Pueden ir por un mes al n^o 2. Mientras tan-
to, han de pagarme los atrasos. Se juegan
la última carta.

Germa.- Pero en el n^o 2, dá muy poco sol.

Max.- (Rapido)! Germana!

S^aMaret.- : Hombre, eso tiene gracia ! ?De modo que ^{en el} n^o 2 dá poco el sol? (Ironicamente) ?Lo quiere usted con calefacción central y termosifón? ? O prefiere dos cuartos de baño y ascensor? ! Habráse visto la deslenguada ! Si la culpa es de una, por tener buen corazón con estas zánganas. (Pausa) Vamos, d^{en}se prisa, (Al salir al rellano) Vengan para acá. (Saca una llave del llavero y, con ella, abre la puerta n^o 2)
! Y a ver si no la ensueñan como la otra!
(Entra en el cuarto, seguida de Germana, y Max.)

Berta.-

(Que lo ha escuchado todo desde el rincón del pasillo, se une a Max y su mujer para el traslado de los pobres harapos y miserables objetos que constituyen su ajuar)

Anda, Germana; yo te ayudaré.

(Sale de nuevo la Señora Maret, que saluda a Berta con un movimiento de cabeza y se va por el pasillo del fondo.)

Germa.- (A Berta) Dios te lo pague

Maret.- (Saliendo de su cuarto; n^o 3)
?Qué? ?Se mudan ustedes?

Germa.- Vamos ha ser vecinos, señor Maret.

Maret.- ! Honradísimo !

Max.- Los honrados somos nosotros.

Maret.- No porfiemos; en este piso, todos somos honrados; pero, por si acaso, que ne nos oiga mi mujer.

(Se va lentamente por la escalera
(Desde la marcha de la señora Ma-)

(ret, Rosita ha escuchado detrás de su puerta. Ahora la abre y llama.

Rosita.- ¡ Germana !

Germa.- (Acudiendo a ella) Dios la tocó en el corazón a la casera; al fin nos dá otro cuarto.

Rosita.- ¡ Qué alegría ! Y ahora escuche; ¿Me quieres hacer un favor ?

Germa.- A usted, siempre, señorita.

Rosita.- Ir a buscarme el pan. Tome estos veinte francos. Con lo que sobra, compre la cena de ustedes.

Germa.- No. De ninguna manera.

Rosita.- El niño necesitará su biberon.

Germa.- ¡ Qué buena es usted !

Rosita.- Vaya. Vaya enseguida.

(Cierra la puerta y vuelve a sentarse. Germana corre a la habitación n° 1, en la que esta solo Max; le quita un cabas que llevaba este, y le enseña el billete.

Germa.- Max. ¡ Max ! Mira; de Rosita; Termina tú con Berta. Yo me voy a comprar algo para comer
(Y se va)

Max.- (Desde la puerta, en voz baja) ¡ Oye ! No te olvides de mis pitillos.

Germa.- ¡ En eso mismo estaba pensando !

(Bajar rápidamente la escalera. Pero se detiene para escuchar, pues, en el fondo del pasillo, suena la voz alta de la Señora Maret. Luego sigue bajando y desaparece.)

S^aMaret.- (Dentro) ? Me paga ? ? No me paga ? ! Todos igual ! Y yo necesito que me paguen.

Juana.- (Dentro) Le digo que tengo quien le pague por mí.

S^aMaret.- (Apareciendo) ! Oh ! Si. ! Su protector ! Pero como V. cambia de protector cada semana.

Juana.- (Que sale tras ella. Es joven y guapa; se envuelve en una bata y fuma un pitillo.)
! Señora, no le permito...!

S. Maret.- ? Y quién es usted para no permitirme...? Pague usted y la respetaré.
(Gran transición al ver al señor Pimentel, que sube los últimos escalones.)
! Oh ! Señor Pimentel... Perdóne los gritos. La juventud de hoy día está desquiciada; no hay formalidad, no hay vergüenza... no hay quien pague un céntimo...
(Juana con un gesto de desprecio, ha vuelto hacia su habitación.)

Pimen.- (Ya en la meseta) Los tiempos son difíciles

S^aMaret.- ? Pues, y para mí ? (Exaltándose otra vez)
Todos los gastos; los desperfectos, las contribuciones, mis tres pleitos; mi marido, que es otro pleito; mi hijo, que es una perdición. ! mi hermana, que la tengo de portera y es mi mayor enemigo! (Muy amable, de pronto, otra vez.)

Su hija de usted, me ha pagado. Es un angel es un tesoro. ! Ay señor Pimentel ! En el mundo hay dos categorias de personas.

Pimen.- Las que pagan y las que no pagan a la casera. ? No es eso ? (Elia rie) Y se me antoja que para estar a bien con usted, conviene pertenecer a la primera.

S^aMaret.- Usted siempre tan bromista.

Pimen.- Perdóne: pero traigo un hambre, que no veo. ? Usted gusta, señora ?

S^aMaret.- Buen provecho, señor Pimentel.

(Se dirige a la habitación 2 y mira al interior desde el umbral de la puerta. Hace una exclamación de impaciencia. Luego va al cuarto n^o 1, que ya esta vacío y cuya puerta quedó entreabierta.

Pimen.- (Que entró en su habitación)
Hola, hijita.

Rosita.- Buenos días, papi. (Se abrazan)

Pimen.- ? Qué pasa con los vecinos ? Está el cuarto sin nadie.

Rosita.- Los echó la casera.

Pimen.- ? Con el niño chiquito ?

Rosita.- Con el niño.

Pimen.- Pero, eso no puede ser.

Rosita.- Y, como no podía ser, -perdóname papi,- le di a la casera cien francos, y he conseguido que los traslade a otra habitación.

Pimen.- (Sobresaltado) Pero, Rosita ?Tu sabes lo que son cien francos?

Rosite.- ? Y no es mucho mas verse en la calle ?

Pimen.- (Sonriendo) Has hecho bien, hijita. !Pobre gente!

(Apoyada en el hombro de su padre, Rosita entra en la habitación del fondo, cuya puerta Pimentel cierra. La señora Maret. después de arreglar algo en ella, sale de la n^ol, y se dispone a bajar la escalera, cuando sube GASTON los últimos peldaños. El recién llegado, tipo de obreiro limpio, se cubre con gorra y lleva en la mano un taleguillo con tarteras y resto de comida.

Gastón.- ! Caramba ! Tanto bueno por aqui. (Ya arriba) ? Anda usted... de pesca ?

S^aMaret.- Si; pero apenas hay quien pague; vamos, que pague. Como no muerdastú el anzuelo...
(Busca entre los recibos)

Gastón.- (La paga) Tome. Mientras que haya trabajo..

S^aMaret.- Hasta el mes que viene! simpatico!
(Se dirige de nuevo hacia la escalera)

Gaston.- (Recogiendo su comida, y yéndose hacia el fondo.
?Me ha llamado simpatico? Otra vez no le pago...

(Ha aparecido en las últimas escaleras JONVAL. La señora Maret se detiene, mirándole con curiosidad.

S^aMaret.- ? Caballero/...?

Jonval.- (Desde la escalera) Señora ... ?Es usted la dueña de la casa ?



S^aMaret.- Usted diré.

Jonval.- (Ya en el descansilo. Es un joven
báda portado.

Abajo me han dicho que la encontraria aqui.
Deseaba alquilar una habitación.

S^aMaret.- ? Cuando la necesita ?

Jonval.- Lo antes posible.. Mañana, pasado...

S^aMaret.- (Enseñándole la n^o1)

Esta, la tendra libre mañana mismo. Entre
usted; como verá la han dejado hecha una
lástima; pero quedará muy bien arreglada
(Le hace entrar) Le pondré otra alfombra;
otros visillos... Aquí tiene el hornillo de
gas, la electricidad.

Jonval.- ? Calefacción?

CARLOS MANUEL FERNANDEZ-SHAW

S^aMaret.- Y. ? Para qué quiere calefacción teniendo
gas ?

Jonval.- No. Si no la pido. ? Precio ?

S^aMaret.- Trescientos francos .

Jonval.- !Oh!

S^aMaret.- ! Regalado ! Pongo sábens limpias una vez
al mes; pero no las toallas. La limpieza
del cuarto es cuenta del inquilino. Vea el
contador del gas y el de la luz. ! Los dos
independientes ! Ante todo, la independen-
cia; es mi norma. Cada uno en su casa y Dios
en la de todos.

Jonval.- (Sonriendo) Tambien es esa mi norma.

S^aMaret.- Creo que nos entenderemos.

Jonval.- Una advertencia soy estudiante y necesito

reposo para trabajar; ! Mucho silencio !
! No puedo aguantar la radio !

S^aMaret.- Ni un aparato hay en toda la casa. Con mis nervios enfermos, no podria. ! Nos horro- rizan los gritos !

Jonval.- Entonces...sin dudar (Saca la cartera)
? Trescientos francos adelantados ?

S^aMaret.- Exactamente. Abajo en el quinto piso tiene usted su casa. Es decir, la mia. Allí le extenderé el recibí; señor...?

Jonval.- Jonval. Enrique Jonval.

S^aMaret.- Perdona un momento (Va a la puerta n^o 2)
! A ver cuando terminan en el cuarto ! Que ya está alquilado y ha de venir el pintor.
(Vuelve hacia Jonval y le invita a bajar.)
Pase, caballero.

Jonval.- Usted primero; ¿ señora...?

S^aMaret.- (Sonriendo y pasando delante)
! Señora Maret! Muy amable.

Jonval.- (Siguiéndola) Y dígame otra cosa. ¿ Es tranquilo el sexto piso ? ? Los inquilinos son...?

S^aMaret.- Unos corderos de Dios. Aquí nunca ocurre nada. Unos benditos ~~unos~~ corderos...

(En este momento en que van a comen- zár a bajar la escalera, se oye con gran estrépito el alta-voz de un gramófono que toca "musica de baile". al mismo tiempo, surge una broma de vecindad con desafórados gritos y ame- nazas. Ygualmente, se oye llorar al

Primer Acto

-S E G U N D O C U A D R O-

Segundo Cuadro.

(Al día siguiente. Es la hora del café
(fé después del almuerzo. Jonvál ins-
talado en la antigua habitación de
los Lafontaine, la ha transformado
en un moderno estudio. Las paredes
empapeladas de nuevo: algunas pintu-
ras; libros sobre una repisa. En la
habitación de los Pimentel, este,
(sentado en la butaca, sin americana,
y con una pipa en la boca, dialóga
con Gastón, que sigue con el mismo
indumento de obrero que en el pri-
mer cuadro.

Pimente.- Mira Gastón. A esas palabras que me has dicho. A esta revelación que me haces, de tu amor, de tu sincero amor por mi hija, y que yo no te niego que me ha emocionado, prefiero contestarte también con emoción, pero con toda sinceridad (Pausa Larga) ! Rosita...no te conviene Gastón ! ~~Mira mi~~ ^{hija} está delicada; enferma. Yo estoy seguro de que curará, pero necesito atenderla mucho. Reposo, campo... Por ahora no hay que pensar en casarla (Gastón intenta responder) No. Déjame hablar. Tú dices que la quieres, y te creo; pero, ¿Sabes, acaso, si te quiere ella? Desde luego, te tiene afecto, porque os tratáis hace diez años como hermanos. ¿Pero es eso bastante?. Rosita puede tener ^{mundo} otra ambición; hasta ahora ha visto poco ^{cuando} pero, cuando salga, pueda hacer su vida y trate a otros muchachos, ¿podemos saber ni tú ni yo, cual será el ritmo de su corazón (Pausa) ? Te hago daño con mis palabras ? Lo sé; pero te las digo, porque te estimo. Además; contéstame Gastón: ¿con que cuentas para pensar en casarte?

Gastón.- Tengo un jornal, señor Pimentel.

Pimentel.- ? Y si te quedas sin él ?

Gastón.- Tengo ahorros.

Pimentel.- Ya lo sé. Lo sé porque siempre me he fijado en tu buena conducta. No vas al café, no fumas, apenas si vas al cine; te duran los trajes una eternidad...Te creo, Gastón. Eres todo bondad y sacrificio. Voy ha decirte más; me gustaria para mi hija un marido de tus cualidades, pero...

Gastón.- Pero, ¿qué?

Pimentel.- No sé... (Le mira de arriba a abajo, sin atreverse a decir lo que piensa.)

Gastón.- Ya lo entiendo. Soy poco para ella. Soy insignificante.

Pimentel.- Eso, no.

Gastón.- Pero, la quiero, señor Pimentel. La quiero como nadie puede quererla. Rosita es el amor de mi vida ! Es tan distinta a las demás...!(Se emociona)

Pimentel.- Vamos, vamos, Gastón...! Hay que ser hombre ! (Pausa) Y oye una cosa; es preciso que Rosita ignore tu petición.

Gastón.- ? Por qué ?

Pimentel.- ! Es necesario ! Tú reflexionarás y, con el tiempo, me darás la razón.

Gastón.- (Después de una pausa) Pero...?podre

seguir viniendo a verla...

Pimentel.- ? Y por qué no ? No alteremos en nada la costumbre. A Rosita le extrañaría no verte. Pero silencio; ella sale.

Rosita.- (Apareciendo) por el fondo ? Terminaron ya las confidencias ?

Pimentel.- Nada de confidencias, hija. Un disgusto que ha tenido el chico y quería ~~me~~ consejo.

Rosita.- (Interesada) ? Te ha ocurrido algo?

Pimentel.- No es asunto que te pueda contar. Además que tú y yo hemos de trabajar; ~~que~~ corre prisa terminar esta novela. (Al muchacho) Tú, quédate, Gastón no estorbas.

Gastón.- Muchas gracias, pero, tengo ahora que hacer un encargo...Hasta luego.

Rosita.- Adios Gastón.

Gastón.- Adios Rosita.

(Gastón sale al rellano de la escalera y desaparece por el pasillo del fondo; Rosita se sienta ante la maquina de escribir.)

Rosita.- Cuando quieras papi.

Pimentel.- Déjame ver la última cuartilla (Lee una cuartilla de las que tiene escritas Rosita) Ah, sí. Quedamos, dejándolo a Morrison frente a la dama.

(Pimentel pasea por la habitación hasta que comienza a dictar.)

(Dictando) "Morrison no quiso ver la mano que se le tendía. ! Caballero !,-dijo

entonces la nieta de los Cruzados, ruborizándose, - sabía que ^{era} ~~era~~ usted un infame.

Rosita.- (Repitiendo la frase) Infáme.

Pimentel.- (Sigue dictando) "Los dos enemigos, frente a frente, se miraron como dos panteras en la selva.

Rosita.- Papi; no es por nada, pero; ? tu sabes la hora que es ?

Pimentel.- 'Después de mirar el reloj) ; Uy !
! Las tres menos cuarto y a las tres he de estar en la oficina. (Pidiendosela a Rosita) La americana hija ! Con la novela me olvido de todo !

Rosita.- ? Te acordaras del perfume ?

Pimentel.- Si (Sale y baja la escalera)

~~Rosita~~
Rosita.- Traé también papel para la máquina. (Desde el rellano de la escalera)

Pimentel.- Es verdad. (Al escuchar la voz de Rosita, Jonval se muestra agradablemente sorprendido, y va hacia su puerta, que abre precisamente en el momento en que Rosita llega a la suya. Ella, al oír el ruido de la puerta del vecino, vuelve la cara, Jonval entonces sonríe y saluda; pero Rosita se ruboriza, cierra su puerta y se va a su butaca, donde queda sentada como abstraída...hasta que va prestando atención a los ruidos que se producen en el rellano. Jonval. Mientras tanto, da algunos pasos indecisos; mira los nombres inscritos sobre la puerta (son las tarjetas de visitas colocadas con chinches), y se da cuenta de que su puerta no

no tiene. Entra entonces en su cuarto co-
(ge una tarjeta de la mesa y sale otr
(otra vez al descanso para colocar-
(la con las chinches que ya estaban
(allí. Cuando está terminando la ope-
(ración sale de su cuarto Germana.

Germa.- ? Es su apellido ? (Acercándose)

Jonval.- Mi apellido; Jonval (Señalando su Tarjeta)

Germa.- Yo soy la antigua inquilina de su cuarto. La casera nos cambió de habitación, porque estamos sin dinero. Si necesita alguien para la limpieza, yo le cobraría barato.

Jonval.- ? Barato ? Eso me interesa. Entre, señora.
(La hace entrar en su cuarto)

Germa.- { Como ha cambiado esto ! ! Quien lo conoce ! (Por las fotos de las paredes)

Jonval.- Vamos a lo de la limpieza. ? Qué entiende usted por barato ?

Germa.- Barato, barato... tres francoa por hora.

Jonval.- No los gano yo; pero, conformes.

Germa.- Le ruego que no se entere mi marido. No quiere que yo trabaje. Como es un artista...

Jonval.- ! Hola !

Germa.- Pinta tapas para cajas de bombones. Ahora que es un artista. ! Su alma es delicada! ! Vive de su ideal ! La vida material no la conoce...

Max.- (Desde la puerta de su cuarto) Ger-
mana ? Donde has puesto el betún ?

- Germa.- (Asomándose a la puerta n^o 1 y gritando también.)
! No queda ! ! Escupe en el cepillo !
(Volviéndose a Jonval)
Creo que debo ir. ? Empiezo entonces mañana ?
- Jonval.- Con una sola condición, que no me registre los papeles.
- Germa.- ? Yo , registrar papeles ? ! Soy una señora !
- Jonval.- (Humorísticamente) ! Es que mis papeles son "explosivos" !
- Germa.- ? Es V. químico ?
- Jonval.- No. (Sigue en tono humorístico) ! Soy cancionetista ! ! Autor de cuplets !
- Germa.- ? Autor de cuplets ? ! Oh ! ! Qué contento va a ponerse Max !
- Jonval.- ? Max ?
- Germa.- Mi marido. Siente predilección por los intelectuales. Se caso conmigo porque le pareció algo intelectual.
- Jonval.- ! Ya ! ! Ya ! Se nota que no ha nacido V. para limpiar habitaciones. ! La vida ! ? ~~EMP~~
! La vida !
- Germa.- ! Si señor. ! ! La vida !
- Jonval.- Y... oigame. ¿ Acaso V. por ser algo intelectual, imaginativa, ha sido, la que ha inventado no sé que historia, de una mujer elegante vestida de gris, que de vez en cuando llega hasta esta puerta, para desaparecer luego rápidamente ?

Germa.- Yo no he inventado nada Sr. Jonval. Todos los vecinos de este piso la hemos visto.

Jonval.- ? Y nadie la ha preguntado que busca ?

Germa.- No ha habido ocasión; porque como desaparece en cuanto oye el menor ruido...!Ya comprenderá V. que sinó yo...!

Jonval.- ! Comprendido ! ! Comprendido !

Max.- (Desde su casa) ! Germana !

Germa.- ! Voy ! ! Voy ! ! Con permiso !

Jonval.- ! Vaya !

(Germana sale al rellano. Por la escalera aparece Juana que viene de la calle.)

Juana.- ! Una gran noticia !

Germa.- ? Que es ?

Juana.- (Pausa) Oiga Germana (con cierto misterio). Acabo de ver a la mujer misteriosa.

Germa.- ? Donde ?

Juana.- Parada en la acera de enfrente

Germa.- ? Una alta y rubia, con ojos azules ?

Juana.- La misma.

Germana.- ? Y seguira ahí ?

Juana.- Es posible.

Max.- (Dentro) Pero Germana: ¿acabarás de traerme el tabaco ?

Germana.- ¡ Voy ! ! Voy ! (a Juana) Acompañame.
Tenemos que averiguar el misterio de esa
mujer.

Juana.- Vamos. (Ambas baján la escalera. Max sale
(de su casa. Después de un momento
(de vacilación llama en casa de
Jonval.

Max.- Perdóneme, Max Lafontaine, su vecino de
al lado.

Jonval.- Encantado de conocerle. Pasé usted.

Max.- (Entrando) No, no. De ninguna mane-
ra. Quería únicamente presentarme. He co-
nocido a un Jonval que estuvo metido en
un asunto de terrenos y acaso y....

Jonval.- (Irónico) No; no soy yo: lo siento.

Max.- Había ganado millones.

Jonval.- Lo siento más todavía. Pero, siéntese.

Max.- De ningún modo. ¿Tendría usted un pitillo?
Me acabo de quedar sin tabaco. Mi mujer
ha bajado ahora mismo por un paquete; pero
ya conoce usted a las mujeres... Tardan un
siglo para todo (Jonval le ofrece un piti-
llo que Max acepta.

Gracias. No puedo trabajar sin fumar (Rie)
! Cuánto echo de menos esta habitación!
! Esta alegría ! ! Esta luz ! Porque yo
soy...

Jonval.- Me lo ha dicho su esposa: pintor.

Max.- !Oh! ya vino Germana a molestarle; es su
mania.

Jonval.- ? Y qué ? ? Como ^{eso} eso de la pintura ?

Max.-

! No me hable ! ! Mal ! ! Rematadamente mal ! Y eso que yo, no puedo quejarme. Tengo un gran asunto de cajas de bombones. Un amigo mio, ha escrito una sinfonia impresionado por lo que yo le he contado de Egipto. ! Ah ! ! El Cairo ! Vivi tres años en el mejor hotel. Un dia, una baronesa austriaca... (Con una sonrisa idiota) ?Usted me comprende? Otro dia, una princesa rusa... (Rie dandose importancia) Conozco muy bien el Cairo. De esto del Cairo no le diga nada á mi mujer. No le gusta que recuerde aquella epoca.

Rosita.-

(Hace un rato, Rosita se levantó de su butaca y fué a la habitación del fondo. Desde allí da ahora unos gritos desconsolados.)
(Dentro)

Socorro ! Socorro ! ! Mi Kiki ! ! Mi pobre Kiki ! (Sale del fondo de su cuarto)
(Llorando)

! Germana ! ! Germana !

Max.-

? Qué pasa ?

Rosita.-

(Apoyándose en la pared, ha llegado a su puerta, abriéndola.)
! Kiki ! ! Kiki que se ha caido por la ventana !

Juana.-

(Desde el quinto piso)
? Qué ocurre ? ? Qué ocurre ?

Germana.-

(Por la escalera)
? Que ha sido ?

Max.-

! Miki se ha caido por la ventana !

Germana.-

(Llegando junto a Rosita)
No se apure: ! los gatos tiene siete vidas !

(Entra decidida en el cuarto de los Pimentel, como si fuera su propia casa.)
(Entra en la habitación del fondo)

Rosita.- (Sentándose en una butaca)
! Oh, qué desgracia !

Jonval.- ! Voy a buscarlo yo ! (Baja por la escalera)

Germana.- (A Rosita que llora)
Pero no se ponga así, que no es para tanto. Al fin y al cabo, un animal...

Rosita.- ! Pobrecita !

Berta.- (Que también ha salido. A Max en el descansillo)
! Es tan impresionable esta pobre chica..!

Max.- Desde el sexto piso, se habrá hecho migas.

Voz interior de un hombre.- (Que proviene de los pisos 3^o y 4^o.)
! El gato de los Pimentel, que se cayó por la ventana !

La misma voz.- (Transmitiendo hacia abajo.)
! Un gato, que se cayó por la ventana.

Otra voz de mujer.- (Desde más abajo)
! Un gato que se cayó...! ? Ha muerto ?

La voz de hombre.- (Como antes, pero transmitiendo hacia arriba.)
!Que sí ha muerto!

Berta.- ! Y yo qué sé ! ! Han bajado a ver !
(Ruido abajo de puertas que se cierran.)

S^a Maret.- (apareciendo en el umbral de su puerta.)

Pero. ¿es que hay motín?

- Max.- (Riendo)
Un gato, que se estrelló contra la calle.
- S^aMaret.- ! Ah ! ! Vamos ! Creí que era algo.
(Y cierra, volviéndose a su cuarto.
- Rosita.- (A Germana, que intenta consolarla.
? No vuelve ese señor
- Germana.- Es pronto. (Más fuerte, hacia el descansá
llo.
? No vuelve ?
- Berta.- (Desde la baranda)
Parece que sube.
(Germana corre al rellano., Rosita
se yergue.
Ya está aquí
- Germana.- (Asomándose)
Ya está aquí.
- Rosita.- !Hh!
- Germana.- (Hacia abajo)
? Se ha lastimado Kiki ?
- La voz de Jonval.- (Desde el quinto piso)
Nada, nada. Un poco aturdido, pero nada más.
- Rosita.- (Que ha oído)
! Dios mio !
(Cae en la butaca, sin fuerzas)
- Germana.- (Acudiendo a Rosita)
No ha sido nada. Sólo un poco aturdido.
- Jonval.- (En los últimos peldaños, con un ga-
to en brazos.
No ha sufrido apenas. Ya lo había recogido una mujer.

(A Rosita, que, apoyada en Germana,
ha llegado hasta la puerta.

Aquí lo tiene usted, señorita.

(Rosita coge el gato, le oprime so-
bre su corazón y dirige a Jonval
una mirada de gratitud.

Como si tal cosa, tan campante.

Rosita.- Gracias; muchas gracias.

(Se lleva el gato a la habitación
del fondo.

Max.- Los gatos caen de pié. ! Vaya un salto mor-
tal ! (A su mujer)
? Y mis pitillos?

Germana.- Con todo este lío, se me han olvidado.
? Vienes, Berta ? (Bajan)

Max.- Y no te detengas más, por favor.. ! A ver
si fumo de los míos !

Jonval.- (Ofreciéndole)
? No quiere ?

Max.- (Cogiendo un pitillo)
Gracias.
(Dándose cuenta de que Jonval ha mis-
rado a Juana.

Es verdad; que ustedes no se conocen aún.
(Presentándoles)

El señor Jonval...La señorita Brossier...

Juana.- (Estrechando la mano, que Jonval le
tiende.

Lo que acaba de hacer, le honra

Jonval.- No vale la pena.

(Ella se aleja hacia el fondo y de -

(saparece por el pasillo.)

Max.- ! Buena mujer ! ?Eh? Es mecanógrafa. Está enamorada de un violinista, que vive en otro piso, y que se burla de ella. Pero le duran poco sus entusiasmos.

Jonval.- Encantadora, sí señor, Como la de aquí.
(Señalando el n.º 7)

Max.- ? Rosita ? ! Ya lo orso ! A mi me ha inspirado uno de mis mejores cuadros. ? Quiere V. verle ? Voy a pedirle que se lo enseñe.

Jonval.- ! Hombre por Dios...! No séra oportuno ahora

Max.- ? Como, que no ? ? Entre vecinos...?
(Llama a la puerta de los Pimentel.
Rosita sale por el fondo y va a
abrir.)

Verá usted. (A Rosita) Si molesto, me voy.

Rosita.- ! De ningún modo !
(Sale al rellano)

Max.- Quería presentarle al nuevo vecino: la señorita Pimentel, el señor Jonval.

Rosita.- Mi gato nos había presentado antes. He estado poco expresiva; perdóne. Me quedé atontada.

Jonval.- (Con la mano de Rosita entre las su-
yas.)
No se hable más de eso.

Max.- Nuestro amigo quería conocer el cuadro en que me sirvió usted de modelo. ? Podríamos verlo ?

Rosita.- Ya lo creo. Entren ustedes.
(Los tres en efecto, penetran en el
cuarto, Rosita cierra la puerta y
señala un cuadro pequeño.

Aquí está la obra de arte.

Max.- (Descolgándolo)
? Eh ? ? Qué tal ? Hay lozanía de dibujo:
hay frescura de color.

Jonval.- Sí. Mucha frescura. Está usted muy... estilizada, señorita.

Max.- ¡ Ah ! Era necesario. Hice primeroun retrato a lapiz. Verá usted. Voy á traerlo.
(Sale al descanso y se va a su habitación.

Jonval.- Que hombre mas entrometido. ! Y nos ha dejado solos !

(Sonriendo)
? Usted tiene formada opinión sobre este cuadro ?

Rosita,- (Riendo)
Sí. ! Pobrecillo ! (Se rien los dos)
Pero, ?Quién le quita la ilusión?(Sería)
Es preciso vivir de ilusiones.

Jonval.- (Después de haberla contemplado fijamente.
Y el caso es, que él admira su belleza; pero no ha sabido expresarla. "Me ha inspirado Rosita uno de mis mejores cuadros", me decía ahora mismo. Curiosa deformación de la vista en algunos pintores.

(Mirando otro retrato)
? Y esta foto señorita ?

Rosita.- Mi padre.

Jonval.- Mirada inteligente.

Rosita.- (Ponderativa)

! Oh...!

Jonval.- Como su hija.

Rosita.- (Despreciativa)

! Bah !

Jonval.- Y la casa, muy acogedora.

Rosita.- Es nuestra sala-estudio-despacho-biblioteca. Sólo tres habitaciones.

Jonval.- ? Escribe usted a máquina ?

Rosita.- Algo. Los trabajos literarios de mi padre. Es decir: novelas populares. Me dicta en las horas libres de su oficina...

Jonval.- (Cogiendo un libro con cubierta chilona.

" El drama del pabellón de caza," por Gerardo La Motte.

Rosita.- Un seudónimo.

Jonval.- ? Me permite usted llevármelo, para leer ?

Rosita.- (Después de dudar)

Bueno: pero si me promete no darme su opinión. Yo por el contrario le daré la mía respecto^a sus canciones.

Jonval.- ! Ah ! ? Pero ya sabe V. que soy autor de canciones ? ? Qué agencia de información hay en esta casa ?

Rosita.- La agencia "Germana y compañía ". (Rie)

! Me gustan tanto las canciones !

Jonval.- ! Ah ! pues conoceré las mías. Todavía no

soy un profesional; pero quiero serlo. Soy ... estudiante. Un poco retrasado, lo reconozco, porque cuando digo que "estudio", quiero decir que "debería estudiar".

(Reparando en el piano)

! Un piano ! ! Magnífico ! Aquí podrá V. oír mis canciones.

Rosita.- ? Son alegres, o tristes ?

Jonval.- Alegres. ! Muy alegres ! Odio la tristeza.

Rosita.- A mí también me gusta la alegría.

Jonval.- La gente está triste, porque no tiene dinero. Dadle a un hombre, por lo menos, mil francos al mes...y bailaré de coronilla.

Rosita.- Entonces, usted, tiene dinero.

Jonval.- ! No ! Ni un centimo. Pero lo tendré. Y, mientras tanto, río; y mientras río, canto

Rosita.-

(Riendo)

? Y, en serio, me dará á conocer sus canciones ?

Jonval.-

Y haré una para usted. Será el cuento de un gatito, que se suicidó.

Rosita.-

No. ! Suicidarse no ! Kiki es demasiado feliz.

Jonval.-

Pues, el gato, que se volvió hombre.

(Se acerca al piano)

Rosita.-

? Qué toca usted ?

Jonval.-

De todo: sonatas, danzas...Algunas veces me acompaña un muchacho violinista que vive en la casa.

(Tocando y cantando a media voz)

Cuando Emilio cumplió veinte años,

su abuelito le dijo: "Ya eres un hombre formal"...

Rosita.- ? Es ^{de} usted...?

Jonval.- (Hace un gesto afirmativo y continúa cantando.)

"Y fíjate cómo yo, en mis tiempos, sabía abrazar. Escogía a una chica por novia, y a su oído decía jovial:
-Es Domingo, yo tengo veinte años...
! Lo podemos los dos celebrar !

(Max que salió de su cuarto con el dibujo, llama en la puerta de los Pimentel.)

Rosita.- Entre. Está abierto. (A Jonval)
? Cómo se titula la canción ?

Jonval.- Veinte años.

Max.- Aquí está. (Por el dibujo)

Jonval.- (Mirándolo)
Precioso. (Se levanta)

Max.- (Satisfecho)
? Le gusta, eh ? Pues verá las demás. Es usted digno de que se las enseñe. Venga. Venga conmigo. Hasta luego. Rosita.

Jonval.- (Sonriendo a Rosita)
Hasta luego.

Rosita.- Hasta pronto.

(Max y Jonval salen al rellano. Rosita cierra la puerta, abre los brazos - de contenta-, y va a sentarse ante el piano, donde comienza a

(Tocar, muy suavemente, una romanza.

Max.-

(A Jonval)

Aquí tengo pocas cosas. ! Sin el estudio es imposible ! Además, ando loco de trabajo: por un lado las cajas de bombones; por ~~la~~ otro una memoria que estoy redactando politico-social...No le hago pasar a mi cuarto porque es una pocilga; pero le buscaré dos o tres obras mías presentables.

(Va hacia su habitación por donde hace mutis.

Jonval.-

No se moleste. Pues señor. Yo no he visto nunca ^{una} casa mas divertida que esta.

Berta.-

(Apareciendo por la escalera, con aire misterioso, seguida de Germana.

! Chisst !

Germana.-

(Lo mismo)

! Chisst !

(Nerviosas y de puntillas, van a la baranda, se inclinan y miran hacia abajo. Jonval las sorprende y dice:

Jonval.-

? Qué pasa ?

Germana.-

(En voz baja)

! Calle, por Dios ! La mujer de gris, que sube.

Jonval.-

(En bajo, intrigado)

? Quién ?

Germana.-

(Más Bajo)

! La mujer de gris !

Berta.-

(Idem)

Que no nos vea.

(Mira por el barandal)
Viene por el cuarto piso.

Germana.- (Siempre en voz baja, a Jonval)
Escóndase.

Jonval.- (Idem)
Pero, ¿en donde ?

Germana.- (Idem)
En su cuarto.

Jonval.- (Idem)
Es que quiero verla.

Germa.- (Idem)
! Se marcharía ! ! Otra vez la veré, ! no sea impaciente !

(Docil y divertido, Jonval entra en su cuarto y cierra la puerta; pero se coloca detrás de ella, escuchando. Juana, con bata-, llega por el fondo. Las otras dos mujeres la hacen señas de que se retire.

Berta.- (A Juana, en voz muy baja)
!Ahi esta!

Germana.- (Desde el barandal)
! Ha pasado el quinto piso!

(Germana, Berta y Juana, se reclusen en el pasillo del fondo, desde donde, escondidas, observan. Se oyen pasos en la escalera. Poco a poco, por ésta, aparece IRENE. Al principio, no se lo ve más que el busto. Mira al rellano. La romanza que toca Rosita suena ahora muy atenuada.)

(nuada, Irene, escucha. Luego re-
suelta, sube hasta el descansillo
y se desiene, emocionada, ante la
puerta de Jonval.

La voz de Max. (Fuerte. Desde su cuarto.
! Esto es un maremagnun ! ! Quién encuen-
tra aquí nada !

(Irene se estremece y baja apresura-
damente la escalera. En cuanto ella
desaparece. Germana y Berta, se-
gúidas por Juana, salen de su escon-
dite y van de puntillas, hasta el
barandal, por el cual se asoman.

Berta,- (En voz baja)

? La seguimos ?

Germana.- (Iden)
! Pues claro !

Berta.- ? Llevas cuartos para el autobús ?

Germana.- No te preocupes.-

(Desaparecen las tres por la esca-
lera, sin meter ruido.

(Rosita las ha estado observando,
por la rendija de la puerta entrea-
bierta, desde donde también obser-
vó el juego escénico hecho por Ire-
ne. Al quedar sin nadie el rella-
no de la escalera, Rosita sale de
su casa muy quedamente y permanece
estática mirando a la escalera
acodada sobre la barandilla. Jon-
val, que abrió su puerta muy des-
pacio, mira al rellano, vé á Rosi-
ta y sale.

Jonval.- ? Que mira V. tan ensimismada ?

Rosita.- A Germana, Juana y Berta, que van siguiendo a la mujer de gris.

Jonval.- ? La mujer de gris ? ' Eso parece el titulo de una novela del Sr. Pimentel !

Rosita.- ! Tiene V. razón ! Y en realidad si mi padre conociese el caso, lo catalogaría entre sus argumentos.

Jonval.- ? Y eso...?

Rosita.- Se trata de una mujer elegantísima. Traje gris; sombrero gris; pieles grises... que casi todos los días espera a que no haya nadie en el rellano de este sexto piso. Sube cautelosamente la escalera, llega frente a esa puerta; (señalando la de la habitación de Jonval), mira; permanece unos minutos en éxtasis..., y en cuanto oye un ruido, ó cree que alguien va á aparecer baja de nuevo precipitadamente.

Jonval.- ! Que extraño ! ? Y dice V. que frente a esa puerta...?

Rosita.- ! Sí !

Jonval.- ? Y hace mucho que viene ?

Rosita.- Hace ya unas semanas. A poco de vivir ahí Germana y su marido.

Jonval.- Y antes... ? quien vivía en ese cuarto?

Rosita.- No sé; el cuarto estaba alquilado pero yo nunca supe quienes eran los inquilinos pues no los vio nadie.

(Quedan los dos acodados sobre el barandal.)

Jonval.- Ya no se las vé, ni se las oye.

Rosita.- No. (Hay una pausa)

Jonval.- Desde esta altura, el vacío parece que le transporta á uno á otros países.

(Comienza a oírse un violín hasta

(el final del acto.

(pausa.

! La imaginación vuela...! (Pausa)! En este momento parece que estamos en el puente de un barco ! ! El mar se escapa a nuestros pies ! ! Todo es azul ! ! cielo y mar

Rosita.- (Riendo)

! Es V. un soñador ! ! Un poeta...!

Jonval.- No; mire V. con los ojos abiertos. Cierrellos y verá usted lo que yo. El horizonte azul; muy azul. Cierre los parpados. Cierrellos.

(Rosita ríe pero obedece)

Así. Estamos haciendo un crucero. Nuestro barco vuela hacia las Antillas. Usted huye de un amor que le traicionó. Pero después, en la travesía, a bordo, encontró usted otro... El, la habló; la propuso un paseo sobre cubierta. Usted se sentía tan sola que aceptó. ! Es una de esas noches de los trópicos, bochornosas, pesadas, enervantes. Las estrellas, en lo alto, centellean y hasta nosotros llega el aroma de las islas calientes, traído en alas de dulces melodías. Se aproximan a la tierra. Allá, en el puerto, las mujeres se perfuman para recibir a los marinos viajeros. Serán unas horas de amor. Mañana, ¿ donde irán ? Pero la noche es de los enamorados. ¿ Quien vacila en aspirar la flor de la aventura que se ofrece ante ellos ?

(Rosita alza los párpados y queda
ensimismada frente á Jonval.

Es la isla muy linda; todo palpita a im-
pulsos de amor. ¡ Todo es caricia...!
¡ Amor! ¡ Amor!

Rosita.-

(Con voz apagada llena de emoción)
Amor !! Amor !

(Max, que por fin encontró sus dibu-
jos sale de su habitación; al ver
a la pareja hace un gesto y vuel-
ve a su casa. Mientras, sigue so-
nando el violín, y cae el telón.

FIN-DE-L-PR-IM-E-R-A-C-T-O

#####

SIXTO PISO.

2^o
2^o

SEGUNDO ACTO.

#####



CARLOS MANUEL FERNANDEZ-SHAW

SEGUNDO ACTO.

-O-O-O-O-

CUADRO TERCERO.

ACTO SEGUNDO

70/70/70/70/70/70

70/70/70/70/70/70/70/70/70

Tercer Cuadro

(Han pasado unos días desde el primer acto. La acción transcurre ahora a la caída de la tarde. En la casa de los Pimentel no hay nadie en escena. La puerta que comunica este cuarto con el del fondo, está cerrada. Jonval en el suyo, muy alegre, ha puesto en el hornillo de gas un cacharro para hervir agua. Irene. (la mujer de gris) aparece en los últimos peldaños de la escalera. Al llegar ante la puerta del cuarto de Jonval se detiene y vacila. Al fin, no sin esfuerzo, llama con los nudillos Jonval, acude a abrir.

Irene.-

Usted perdone ? Me permite, que pase un momento ? Le explicaré...

(Con un gesto la invita ^{Jonval} a entrar Irene penetra en la habitación con cierto temor. Apenas ha tras pasado el umbral, se detiene. Mira las paredes y los muebles. Luego se fija en el ventanal abierto y se dirige a él lentamente, quedando allí como extasiada. Da algunos pasos más, y, de repente, sufre un ligero desvanecimiento y se sienta, en la butaca, donde permanece inmóvil con la cabeza apoyada entre sus dos manos, que ocultan sus ojos. Hay una pausa. Cuando Irene entró, Jonval cerró la puerta, en la cual se apoya, quieto,

(observando a su visitante.)

Jonval.-

? Se ha puesto V. enferma ?

Irene.-

No. No ha sido nada. (Disculpandose)
Un pequeño mareo. ! Hace tanto calor !
Le molesto a usted; me tomo esta libertad, y para colmo, estoy a punto de desmayarme en su casa.

(Rie nerviosamente)

Y es que...Le explicaré. Yo...casi he vivido en esta casa hace tiempo. Ansiaba volver á ver esta habitación donde...

(Señalando el ventanal)

Esos tejados, esas chimeneas, que tantas veces contemplé.

(Vuelve a caer en su ensimismamiento. Jonval sale del cuarto sin meter ruido y cierra la puerta. Irene advierte la ausencia de Jonval y comprende que ha procedido así por su delicadeza; para dejarla sola. Cierra entonces los ojos y reclina su cabeza sobre el respaldo de la butaca. Sueña así con su pasado. Y en esta postura seguirá hasta que vuelve Jonval. Este mientras tanto, en el rellano, ha encendido un pitillo. Va de un lado para otro, sin rumbo fijo, y termina por medio-sentarse en la barandilla, dando frente a la puerta de su habitación. Allí medita y fuma, lanzando al aire bocanadas de humo.)

Germana.-

(Saliendo de su casa con un ca-
bás al brazo.)

- (A Jonval)
? Eh ? ? Que hace V. ahí ? ? Tomando el fresco ?
- Jonval.- (Bromista)
La estaba esperando .
- Germana.- ? A mi ?
- Jonval.- A usted. (Rie)
- Germana.- ! Ah, vamos ! Está de buen humor. ! Dichoso usted !
- Jonval.- ? Va V. de compras ?
- Germana.- ! Si ! A ver si me quieren despachar al fiado para poder comer.
- Jonval.- (Haciendo señal de dinero)
Entonces... ? de aquí...?
- Germana.- ! Nada !
- Jonval.- ? Y el americano ?
- Germana.- Con los chincs. O con los ingleses; digo yo.
- Jonval.- ! Vaya por Dios, mujer ! ? Le bastarían diez francos para la cena ?
- Germana.- ! Usté es mi padre ! Por lo menos, mi salvador.
- Jonval.- (Dándoselos)
Tome. A cuenta de la limpieza.
- Germana.- Mil gracias.
- Jonval.- (Entregándole más dinero)

Y estos otros cinco, para que me traiga unos pasteles.

(Con intenzión)

Y con la vuelta...

Germana.-

Decididamente ha amanecido V. de buen humor. ! Vuelvo al instante !

Max.-

(Saliendo de su habitación con un cuadro en la mano.)

? Bajas o no, Germana ? Cuando llegues á la tienda estara cerrada y no podrás comprar nada.

Germana.-

(Desapareciendo)

! Con lo que tú me has dado !

Max.-

(A Jonval)

? Le parece a usted manera de contestar a un marido ? (Transición) (A Jonval)
? Tiene usted un pitillo ?

Jonval.-

! Como no ! (Le ofrece uno)

Max.-

(Tomándolo y poniéndoselo en la oreja.)

Voy a saludar a Rosita

(Va junto a la puerta de los Pimentel.)

Gracias.

(LLama)

? Se puede ?

(Empuja la puerta, que se abre)

Rosita: soy yo. Gente de paz.

Rosita.-

(Por el fondo)

! Oh ! Mi querido Max. ? Que le trae por aquí, con aire tan misterioso ?

(En efecto, Max ha entrado, escondiendo el cuadro detrás de la espalda.)

Max.- Algo para usted.

Rosita,- ? Para mi ?

Max.- (Dándose importancia)
! Nada más que esto !

Rosita.- ! Oh ! Un gato. ! Que mono es !

Max.- ? Le gusta a usted ?

Rosita,- Ya lo creo. ! Con lo que a mí me entusiasman los gatos !

Max.- Y un gato como este...
(En vista de que ella no adivina)
! Kiki !

Rosita.- ! Kiki ! ? Pero este es mi Kiki ? (Bause)
! Ah ! ! Si ! Ahora le reconozco. Indudablemente es él.

Max.- Lo he estilizado. El hociquito un poco más... Las orejas un poco menos... Los ojos...

Rosita.- Muy agradecida.

Max.- Es mi regalo por su cumpleaños.

Rosita.- ! Muy amable ! Pero, sientese...

Max.- No, perdón: luego vendré con Germana. Vine únicamente por la impaciencia de que viera mi obra.

Rosita.- Gracias otra vez Max; y conste que mi Kiki esta parecidísimo.

Max.- No le falta mas que mallar ? verdad ?

Rosita.- Justo.

Max.- Hasta luego. Hasta luego Rosita.

Rosita.- ! Hasta luego, Max !

(Max sale al rellano, donde aún
permanece Jonval fumando.)

Max.- ? Aún aquí ? Dichoso V. !:Yo á trabajar ! Siempre lo mismo!

Jonval.- ! Siempre igual ! ? Quiere V. otro cigarro ?

Max.- ! Hombre !

Jonval.- ! Siempre igual ! ! Siempre lo mismo !

(Max entra en su habitación. Jonval apaga su cigarro y entra lentamente en su cuarto. Irene no se ha movido. Como si no estuviese ella, Jonval pone un mantel sobre su mesita. Coloca luego tazas y un azucarero; llena la tetera y echa el té en las tazas.)

Jonval.- (A Irene)

? Dos terrones ?

Irene.- (Mirándole, y como si todo ello, fuese natural.)

No; uno.

Jonval.- Ahora traéran unos pasteles.

Irene.- Gracias por haberse, Salido del cuarto,

comprendiendo que ~~me~~ necesitaba estar sola.

Jonval.- Encontrará usted este muy cambiado.....
? Eh ?

Irene.- Mucho. Nada hay tan melancólico como el pasado. El pasado...que no vuelve más... (Mirándole)
Y ahora caigo en que debo decirle quien soy.

Jonval.- ? Para qué ? Una mujer que no es feliz.
(Ella vuelve a mirarle asombrada)
No^{se} es feliz cuando se intenta recordar el pasado. (Pausa)

Irene.- Hace un momento, cuando usted me dejó sola, reviví mis horas de hace años.
(Con vacilación, pero necesitando expansionarse.)
Era en verano, como ahora; un sábado por la tarde, como hoy. No tenía libre más que aquellas horas. Me esperaba él, lleno de emoción; llegué yo, con el corazón saltando de alegría...! Si !
!He vuelto a vivir aquella tarde; pero con los ojos cerrados!! No he debido venir...!

Jonval.- Yo la esperaba.

Irene.- ? Que me esperaba usted ?

Jonval.- Hoy precisamente, no. Pero un día; un día cualquiera sí.
(Irene le mira interrogante)
No es la primera vez que sube usted al sexto piso, se detiene ante esta puerta, y...se marcha luego sin llamar.

Irene.- ? Me había usted visto ?

Jonval.- Yo, no. Pero la vieron los ojos más es-
cudriñadores de viéas ajenas.

(Germana, que ha subido sofocada
la escalera, y trae una por-
ción de paquetes, llama en la
puerta de Jonval.

Germana.- (Detrás de la puerta)
! Los pasteles !

Jonval.- (Abriendo)
Gracias, Germana.

Germana.- (Entregándole los pasteles)
Tome la vuelta, un franco, treinta y
cinco.

Jonval.- Quédese con todo. Ya haremos cuentas.

Germana.- Bien.
(Irene hace, en este instante,
un movimiento para conocer a
Germana. Esta la ve y dice, asom-
brada.
Pero. ! oiga usted...!

Jonval.- (Dándole con la puerta en las na-
rices.
! Mil gracias ! ! Eh ahí, los ojos a
los que me referia.
(Arregla los pasteles en un pla-
to y se los ofrece a Irene.

Irene.- (Sonriendo)
! Gracias !

Jonval.- ? Una taza de té ?

Irene.- Muy amable.

(Jonval vuelve a poner la cacerol-
la con agua en el hornillo. Ger

(mana, que se quedó un momento
quieta, como quien ve visiones,
entra en su casa.

Jonval.-

(Sirviendo té a Irene)

?Un poco más?

Irene.-

Pero muy poco. Y dígame: que me tiene intriguada. ? Como me reconocio usted... sin haberme visto ?

Jonval.-

Tanto me hablaban de usted desde que llegué aquí... Me decian; "Ha venido la mujer de gris". Asi la llama todo el sexto piso. "La mujer de gris ha mirado su puerta." "La mujer de gris se fué sin llamar".

Irene.-

Pero, podía haber sido la de hoy otra mujer.

Jonval.-

No. (Riendo)
Mi corazón me decia que era usted. ¡Buena la ha armado el sexto piso !

Irene.-

(Riendo también)
! Es divertido !

Jonval.-

Dos vecinas la han seguido un día hasta donde la esperaba su automóvil.

Irene.-

? Si ?

Jonval.-

Eso dejaron.

Irene.-

(Intriguada)
? Y para qué ?

Jonval.-

Es la atracción del misterio. La necesidad que tienen las mujeres de enterarse de todo lo que no les importa.

Irene.- ¡ Un misterio tan sencillo !

Jonval.- Pero no para quienes lo ignoran.

Irene.- (Que se ha quedado mirándole un momento.)

Y usted, ¿quien es ?

Jonval.- Enrique Jonval.; un hombre libre.

(Levantándose y saludando con aire burlón.)

Irene.- ? Ah ? Pero, ¿aún quedan ?

Jonval.- Y, si no quedasen más que uno sobre la tierra, ese uno, sería yo.

Irene.- ? Su profesión ?

Jonval.- ? No ha oído nunca hablar del estudiante eterno ?

(Saludando)

/Servidor de usted./

Irene.- ¡ Cuánto me recuerda usted a otra persona. No en lo físico : En lo espiritual ! Un cierto modo de decir las cosas un modo de mirar...

(Rie)

¿ Cómo se mudó V. aquí ?

Jonval.- Quise escapar de alguien. Y esto era el ideal; ¡seis pisos y sin ascensor!

(Rie)

¿Quién los sube!

Irene.- Yo los he subido...en busca de una sombra.

Jonval.- ¡Es que V. por lo visto, no teme al vértigo! Yo tampoco. Además, la altura;

(En tono humorístico) el horizonte que se vislumbra desde el ventanal, son alicientes para un aficionado a escribir...

Irene.-

(Irónicamente)
? Poeta ?

Jonval.-

: Algo mas ! (Idem) Cancionista, ó por lo menos con esa aspiración. Es divertido ?verdad?

Irene.-

Con tal de que también lo sean las canciones.

Jonval.-

Haré una de usted. Se titulará: "La mujer de Gris" (Pausa) ? Irá V. á pirlas?

Irene.-

: Quizás !

Jonval.-

Ya la escribiré diciéndola, donde y cuando actuo.

Irene.-

? Que escribira V. ? ? Pero á quien?

Jonval.-

A usted; ya me dira su nombre; su apellido...

Irene.-

? Y mis señas ?

Jonval.-

También me las dará V.

Irene.-

(Mirándole)
? Yo ?

Jonval.-

Si. Antes me decia usted: "Debo decirle quien soy".

Irene.-

Antes era antes...

Jonval.-

Y ahora es ^{ahora} ~~ahora~~. Nada ha cambiado.

- Irene.- He cambiado yo... de opinión.
(Se levanta)
Perdóneme por el tiempo que le hice perder...y gracias por su amabilidad.
- Jonval.- (Levantándose también)
? De veras se marcha ?
- Irene.- Es necesario.
- Jonval.- Pero, ¿volverá?
- Irene.- Creo que no.
- Jonval.- Lo siento.
- Irene.- ? Por qué ?
- Jonval.- Porque una charla con usted tiene poderosos atractivos.
- Irene.- Precisamente esa es la razón para que yo no vuelva.
(Desde la puerta)
Buenas tardes, caballero.
- Jonval.- Buenas tardes...señora.

(Quedan mirándose, sin hablar, Irene lucha consigo misma para no dejarse arrastrar por la su-
gestión de Jonval. Este lo com-
prende y sonríe. Luego, ríe tam-
bién. Mientras tanto sale de
su cuarto Max, vestido con tra-
je de calle, y con sombrero,
báston en la mano y pitillo en
la boca; cruza el descansillo
y silbando, se va por la esca-
lera.)

Si vuelve alguna vez y no estoy, en-

contrará la llave debajo del felpudo.

Irene.-

(Riendo nerviosamente)
!Tiene gracia! ! Que pretensiones...!
?Pero V. supone que voy á volver?

Jonval.-

! Si !

Irene.-

(Después de mirarle de nuevo y
riendo otra vez)
! Quién sabe ! ! A lo mejor ! ! ja ja
ja ja ja !

(Jonval abre la puerta. Irene sa-
le y baja rápidamente la esca-
lera, sin volver la vista atrás.
Jonval después de cerrar, en-
ciende un cigarro y sonrie ante
las perspectivas helagadoras que
entrevé. Apenas cerró Jonval, sa-
le de su cuarto Germana y corre
á asomarse por la barandilla
para ver á Irene. Enseguida lla-
ma en la puerta de los Pimentel.)

Germana.-

Soy yo. ? Se puede ?

(A Rosita)

? Quién dira V. que acaba de salir de
la habitación del cancionista ?

Rosita.-

? Quién ?

Germana.-

! "La mujer de gris" !

Rosita,-

(Sobresaltada)

? "La mujer de gris" ?

Germana.-

Ha estado tomando el té. Yo misma les
he traído unos pasteles. ?Eh? ?Que tal?
?Que dice V. á eso?

Rosita.-

?Que quiere V. que le diga?

Germana.- ! Los hombres ! ! Los hombres ! Ella es muy elegante. Parece una mujer del gran mundo. Y él...hay que reconocer que es muy simpático.

(Pimentel aparece subiendo por la escalera. Viene con prisa. Atraviesa el rellano y entra en su habitación.)

Pimente.- Hola, hijita.

Rosita.- Buenas tardes, papi. (Se abrazan)

Germana.- Felices las tenga, señor Pimentel. ?Que ?La ha encontrado usted ?

Pimentel.- ? A quién ?

Germana.- ? A quién ha de ser ? ! A la mujer de gris ! Bajaba ahora mismo.

Pimentel.- (Preocupado)
Es posible. Sí. Me parece que me crucé con una señora.

Rosita.- (Advirtiendo la preocupación)
? Te pasó algo ?

Pimentel.- Lo que menos podía esperarme. El Director que ha dispuesto enviarme a provincias para inspeccionar la contabilidad de las sucursales. Y esta noche mismo. Así, como si un viaje fuese un paseo. Esta noche; esta misma noche he de salir para Lyon.

Rosita.- ?Esta noche? Pero, ?y mi cumpleaños?

Pimentel.- ! Tienes razón hija; pero...!

Rosita.- ? No podrias retrasarlo un dia ?

Pimentel.- Imposible. ! Yo, que tenía tanta ilusión con celebrar tu fiesta ! Enfin, aquí tienes mi regalo.
(La entrega un estuche)

Rosita.- (Abriéndolo)
! Una sortija !

Pimentel.- ? Te gusta ?

Rosita.- (Le dá un beso)
! Qué bueno eres papi !

Pimentel.- Voy ^a hacer la maleta. No hay mas remedio
(Va al cuarto del fondo)

Germana.- Vendremos todos a acompañarla después de cenar.

Rosita.- Gracias, Germana. Así no me sentiré tan sola.

(A Pimentel, que sigue en la habitación del fondo.
Dice que vendrá esta noche.

Pimentel.- Me alegro mucho:mucho. Eso es lo que necesitas hija; distracción.

(Germana, con expresiva mímica, hace comprender a Rosita que traerá a la fiesta a Jonval.
(Rosita, un poco confusa, acepta
Germana sale entonces, al rellano
(no yRosita cierra la puerta .
(De repente, se oyen gritos y barullo, prodedente de los pisos inferiores. Germana corre a la barandilla y se asoma. Casi al mismo tiempo, surge Berta y se asoma también)

Germana.- ?Eh? ? Pero que escandalo es ese ?

? Que pasa ?

Berta.- ! La portera pegando a su hermana la Sra. Maret!

Germana.- ! Tenemos el deber de auxiliarla !

(Comenzando ambas a bajar la es-
calera.

Notema señora Maret. Si hace falta, todo el sextopso bajará en su ayuda.

(Desaparecen escaleras abajo .
(El escandalo arrecia. Juana sa-
le y atsba desde la barandilla
(bajádo precipitadamente. Jon-
val sale también pero este, se
(limita a mirár y oír desde la
escalera.

Pimentel.- Hija. ? No oyes ? ? Que sucede ?

Rosita,- No se.

Pimentel.- Esta es la casa de los escándalos. ¿
! Cuando podremos vivir en otro barrio,
con gentes de otra catadura !

Rosita.- ! No son malos Papi ! Son...pobres, como nosotros.

(Transsición)

Pero voy á ver.

(Abre la puerta de la casa sin
llegar a salir.

Jodval.- Vanga Rosita. Venga. Desde aquí se oye y se vé muy bién.

(Rosita sale)

! Estan igualadas las fuerzas !

Rosita.- Si; pero pronto tendrá mas gente á su

favor la Sra. Maret. Acostumbtan a bajar á defenderla todos los que...

Jonval.- Comprendido. Todos los que no estan al corrriente en el pago de sus mensualidades ? No ?

(Rosita sonrie)

Y... ? ~~estas~~ batallas son frecuentes ?

Rosita.- Suele haberlas de vez en cuando.

Jonval.- ? Y es costumbre bajar en tales cagas aunque^{se} tenga recojido el último recibo.

Rosita.- Suelen bajar por simpatia, por afecto. ! Estamos todos tan unidos ! ! En realidad no parecemos vecinos y si una gran familia. Solemos estar juntos en nuestras alegrías y en nuestras tristezas. Pero ya parecen que callan

Jonval.- Si. Ya se ván calmando (Pausa) De modo Rosita: ?que es costumbre en esta casa participar en las alegrías y en las penas de todos ?

Rosita.- Si. Ya vé V. hoy mismo es mi cumpleaños, y habrá en casa musica, baile.

Jonval.- Reciba mi felicitación.

Rosita.- Gracias. ? Si V. quiere honrarnos esta noche ?

Jonval.- ! Si V. me invita !

Rosita.- ? Y como no ? Del sexto piso no faltará nadie. Menos mi padre. ! Pobre ! Esta noche sale de viaje por orden de su jefe.

Jonval.- Cuento, que no faltaré.

Rosita.- ? No se le olvide ?

Jonval.- ! Por Dios Rosita !

Pimentel.- ! Hija ! ! Hija !

Rosita.- Voy papa.

(Dándo la mano a Jonval)

! Hasta la noche entonces !

Jonval.- ! Hasta la noche !

CARLOS MANUEL FERNANDEZ-SHAW



(El jaleo de abajo, crece. A un nuevo grito de "¡Socorro!" de la señora Maret, Jonval hace un saludo de despedida a Rosita y baja luego, rápidamente la escalera, Rosita le ha correspondido con un expresivo gesto. Está trasfigurada. La promesa de Jonval la colma de felicidad. Alza los brazos al cielo como para gritar, y queda sonriente, con los ojos perdidos en el espacio, sin atender ya el ruido de la pelea que cada vez más intensamente, se desarrolla abajo. En este momento por el fondo del pasillo aparece Gaston. Este se queda mirando a Rosita, melancólica y tristemente.)

Pimentel.-

(Dentro)

! Rosita ! ? Pero no vienes ?

Rosita.-

(Muy alegre)

! Voy ! ! Voy papito !

(Entra en su casa alegremente.)

(Castón se apoya en la pared del
pasillo y una lagrima surca sus
mejillas. El telón cae.)

FIN DEL CUADRO-TERCERO.

SEGUNDO ACTO/

CUADRO CUARTO/

C u a d r o C u a r t o

(Por la noche del mismo día. En casa de Pimentel está reunido todo el sexto piso, más un nuevo personaje el novio de Juana. Todos visten traje de diario a excepción de Rosita, que estrena su vestido nuevo. Germana lleva un ojo vendado, como recuerdo de la batalla del cuadro anterior. El rellano y el cuarto de Jonval se hallan a oscuras. De la habitación de Max y Germana, cuya puerta aparece entornada, sale un rayo de luz. El rellano no tendrá más iluminación que la de su propia bombilla, que se encendera a su tiempo haciendo funcionar el interruptor, colocado a un metro del suelo, encima del último pedazo.)

(Cuando se alza el telón, Jonval acaba de cantar.)

Jonval.-

(Dicando el último verso de su canción.)

"Es domingo, yo tengo veinte años"

Todos.-

(Riendo y aplaudiendo)

! Bravo !

! Muy bien ! Precioso...

Max.-

(Cantando también, pero haciéndolo muy mal.)

"Es domingo, yo tengo veinte años "

Uno.-

? Quiere usted callarse ? !Vaya oreja!

Otro.-

! El desefinador !

Rosita.-

(A Jonval)

Gustará mucho la canción.

Jonval.- ¿Cree usted?

Rosita.- ¡ Estoy segura ! Usted ha nacido para triunfar.

Germana.- Como que tiene marcada la suerte en las rayas de la mano.

Jonval.- ¿Es V. adivina?

Max.- (A Jonval)
No la haga caso.

Jonval.- ¿ Porqué no ? ! Yo sé leer en esas rayas!

Germana.- ¿ Ah; si ? Pues lea, lea en las mias.
(Germana le ofrece la mano derecha)

Jonval.- ¡No! ¡La izquierda!

(Hombres y mujeres rodean á Jonval
(y á Germana. Gastón que guarda des
(de el principio una actitud de
(apartamiento sale a la meseta de
(la escalera y se apoya sobre el
(barandal.

(ante la mano de Germana)
Aquí se vé clara la raya (Pausa)
! Aquí se pierde !

Germana.- ! Eso es el puñetazo que me dió ayer la portera en el ojo !

Jonval.- ! Aquí reaparece ! (Pausa) ! Dinero ! !Dinero!

Max.- ! A ver ! ! A ver ! ? Cuanto ?

Jonval.- La raya de la vida, aparece firme, magni-

fica.

Germana.- ? A que edad llegaré ?

Jonval.- Pasará de los setenta y cinco años.

Max.- ! De ninguna manera ! ! Yo no la sopórt-
to cuarenta años más !

Maret.-

(A Jonval)

? Porque no adivina V. el porvenir á Ro-
sita con motivo de sus cumpleaños ?

Germana.-

Es verdad. Rosita, ahora usted.

(Todos asienten)

Rosita.-

!No!!No! ! A mi, no !

Maret.-

(Con solemnidad cómica)

Entonces; señoras y señores es tarde. Ne-
cesitamos descansar y, como dijo Enrique
Cuarto: "No hay compañía tan buena que
no se acabe".

S^aMaret.-

(Con superioridad)

? Enrique Cuarto ? ! Francisco Primero !

Maret.-

Comprenderás, hija, que á las doce de la
noche, a mi me son iguales; Enrique IV,
Francisco primero, Luis XIV, ó Robespier
! Lo que tengo es sueño ! Conqué.....
! Hasta mañana !

Varios.-

Buenas noches Señor Maret.

(Maret se dirige á su casa y entra)

S^a Maret.-

Me parece que voy a imitarle

Rosita.-

! Quédese un poco más !

Germana.-

! No todos los días de cumplen veinticin-
co años.

Rosita.- (Ofreciendo pastas y vinos en dos bandejas.)

? Mas pasteles, sandwichs, té, vino...?

Todos.- (Rehusando)

! Oh ! No. Gracias. De ninguna manera.
(Lo cual no obstante para que todos coman.)

Germana.- ? Hoy tendremos permiso hasta la una ?

S^a Maret.- Y hasta las dos, si quieren. ! Rosita se lo merece todo !

Berta.- !Magnífico! ? Bailamos ?

Germana.- ! Pues no que no !

Rosita.- Pero, aquí no se cabe.

Germana.- !En el descansillo! ! Una java, Rosita!

Todos.- ! Al descansillo ! ! Al descansillo !
(Salen todos al rellano, menos Rosita y Jonval. Germana oprime el botón del contacto de la luz eléctrica.)

Germana.- Hoy paga la luz la casera.

(Gritando a la puerta del Sr. Maret)
Señor Maret: ? quiere usted bailar ?

Rosita.- (A Jonval)

? No va usted ?

Jonval.- No quiero dejarla sola.

Rosita.- Es que alguien tiene que tocar.

Unos
y
Otros.- } ¡ Música! ¡ Música!

(En el rellano, a excepción de Gas-
tón.

~~XXXXXXXXXXXXXXXXXXXX~~

Rosita.-

(A Jonval)

? Oye usted ?

(Va al piano y empieza a tocar
(una java. Jonval entonces sale
(a la meseta e invita a bailar a
(la señora Maret. Berta coge a
(Gastón-acomodado en la barandi-
(lla-, yél se deja llevar. Juana
(baila con Roberto. Germana con
(Max. Todos rien. De pronto, se
(apaga la luz. Nuevas risas.

Germana.-

! Que me pisas lo pies ! !Que bárbaro!

Varias Voces.-

! Luz ! ! Que no veo ! ! Que le den
al botón !

(Germana oprime otra vez el con-
(tacto. Vuelve la luz y se reanu-
(da el baile. El señor Maret sale
(de su cuarto para ver evolucion-
(nar las parejas.

Germana.-

(Al verle)

El próximo, con usted.

Maret.-

(Riendo)

Comprometido.

(Desde que volvió la luz, se oye
(lejana una voz, procedente de los
(pisos bajos. Poco a poco se va
(haciendo más clara hasta el mo-
(mento en que, en los últimos pel-
(danos, repite.

El inquilino del tercero.- !Un poco de caridad señores!
!Que hay un enfermo!

(El recién llegado lleva abrigo con el cuello subido sobre su pijama de colores claros. Todos cesan de bailar excepto Max, que no ha oído y pretende arrastrar a Germana. Rosita, comprendiendo que pase algo, deja también de tocar.)

S^a Maret.- Perdón. No sabíamos
(Al inquilino)
? Quién está malo ?

Inquilino del tercero.- La mujer del dentista. Un ataque de uremia. Ha venido el médico, y está grave.

S^a Maret.- ¡Vaya por Dios! ¡Se acabo el baile!
(Al inquilino, excusándose)
Diga á la familia que ignorabamos...

(El inquilino desaparece por la escalera.)

Uno.- Vaya...Pues, buenas noches.

Otro.- Se acabó la fiesta.

Otro.- Buenas noches.

S^a Maret.- Rosita !Que cumplas muchos!

Uno.- Adios.

Otro.- Adios.

(Todos saludan á Rosita y se despiden unos de otros. Juana y Bertha se van por el pasillo. Roberto baja a la calle. Gastón y Jonval están en la escalera apoyados de espaldas en el barandal.)

Germana.- Deja Rosita. Yo te ayudaré a recoger todo esto.

(Se refiere al servicio de té;
platos; botellas etc.)

Rosita.- Te lo agradezco porque me he fatigado un poco. ¡No valgo para nada!

(Entrando en su casa)

Max.- ¡"Es domingo y yo tengo veinte años"!

(Entre en su casa)

S^a Maret.- Que ustedes descansen.

(Desaparece por la escalera)

Jonval.- Buenas noches.

(Han quedado solos en el descansillo, Jonval, Gastón y Rosita.)

Rosita.-

(A Gastón)

¡Que calladito has estado toda la noche Gastón!

Gastón.-

Ya sabes que yo siempre soy así.

Rosita.-

Ha habido momentos en que creí que no estabas. No te lo hubiera perdonado. Además mi padre me dejó a tu cuidado.

Gastón.-

Se encargo de tu padre, fué por si caías enferma...y ahora; os dejo. Tengo que entrar a las siete al trabajo y ya es muy tarde.

(A Jonval)

¡Buenas noches!

Jonval.-

¡Buenas noches!

Gastón.-

¡Hasta mañana Rosita!

Rosita.-

¡Adios Gastón!

(Gastón se va por el pasillo del

(fondo. Al poco se oye el ruido
(de una puerta que se abre y se
cierra.

Jonval.- ? Usted cree que le he hecho yo algo á este muchacho ?

Rosita.- ? Porqué ?

Jonval.- Parece que hasta le cuesta trabajo, saludarme. Por lo visto no le soy simpático.

Rosita.- No. Eso-no. Lo que le ocurre a Gastón, es que es apocado, falto de mundo. Algo de lo que me sucede á mi.

Jonval.- ?Pero a V. no le seré antipático?

Rosita.- Ni á mi, ni a nadie. En esta casa, entre la gente del sexto piso, parece que ha caído V. de pie.

Jonval.- Gracias Rosita.

(La luz del rellano vuelve á
apagarse. No hay más luz que la del
cuarto de Pimentel, cuya puerta
quedó abierta. En este cuarto
termina de recogerlo todo Germana.

Jonval.- La luz quiere echarnos. Así que...!Buenas noches, Rosita!

(Aunque ha iniciado el mutis hacia
su habitación vuelve para des-
pedirse de Germana.

!Buenas noches Germana !

Germana.- ? Se retira ya ?

Jonval.- Voy a hacerme una taza de té antes de acostarme. Me quedó una sed terrible.

Germana.- Si no le importa tomarlo frio, aqui tiene una taza. ¡Digo! Con permiso de Rosita.

Rosita.- ¡No faltaba mas!

Jonval.- Pues lo acepto. Frio es como lo tomo siempre.

Rosita.- Pase usted.

(Se dirige a la mesita y sirve a Jonval el té que trae Germana. Esta, recogiendo cosas entra, en el cuarto del fondo.)

Jonval.- ¿Porqué no quiso V. antes, que leyera en las rayas de su mano?

Rosita.- (Después de dudar un instante)
No me gusta.

Jonval.- ¿ Temia V. que hubiera descubierto algun secretillo y que lo hiciese publico?

Rosita.- ¿ Que secreto iba V. a descubrir en mi ?

Jonval.- ¿ No tiene V. ninguno ?

Rosita.- ¡ Boberias ! ! Simplezas !

Jonval.- ¡ Quien sabe ! A lo mejor sin V. misma darse cuenta, piensa V. muy hondo, en algo que no pensó V. nunca. Es quiza un sentimiento nuevo en su vida, que no sabria V. misma explicarse.

Rosita.- Y... ¿Usted lo hubiera adivinado a traves de las rayas de mi mano?

Jonval.- No. Para adivinar esos estados de alma, no necesito el embrujo de unas rayas.

- ! Me basta con mirarle a V. a los ojos!
- Rosita.- Me dá V. miedo.
- Jonval.- Miedo ? Por qué ? ?Miedo de mí? ?De un buen amigo?
- Rosita.- ¡ Si! Ahora después de verle, me da miedo que mirandome a los ojos, adivine, ese nuevo sentimiento que domina todo mi ser y que como decía V., ni yo misma se lo que es, ni adonde me conduce.
- Jonval.- Entonces... ! Dejaré de mirarla !
- Rosita.- (En un arranque impulsivo que no pudo evitar, aunque luego trata de disimular.
!No...! !Es decir...! !No sé...! !Míreme si quiere, para que yo misma no me dé cuenta de que me esta V. mirando.
- Jonval.- ?Porqué?
- Rosita.- Porqué al ser nuevo para mí misma ese estado de alma, como V. habiéndolo, no sé, si me hará reír ó llorar; ser feliz o ser desgraciada. !No sé! !No sé Jonval! Acaso esta nerviosidad; tal vez, el reír el cantar y el bailar como he hecho este noche con exceso, me haya producido una excitación, hasta al punto que el brillo de su mirada me quema, y el eco de su voz me parece algo nuevo y extraño.
- Jonval.- Rosita. Es V. un caso de feminidad, nuevo para mí.

(La coge de las manos apesar de que ella ha vuelto la cabeza para huir de su mirada.

Rosita.-

(Desaperttando sus manos subitam
mente.

? A que vino hoy a su cuarto la mujer
de gris ?

Jonval.-

(Divertido)

!Oh! Es una mujer que va en busca de su pasado. En este cuarto vivio una vez su novio; y ella vino a verle en una tarde luminosa. Después...se separaron. Y ella ha querido revivir aquellas horas; ver las paredes que fueron testigo de su felicidad. Ni más, ni menos.

Rosita.-

? Y creé V. que volverá ?

Jonval.-

No.

Rosita.-

? Usted la ha hecho el amor ?

Jonval.-

De ningún modo. !No es cosa facil hacer el amor subitamente!

Rosita.-

(Con curiosidad)

? No es cosa facil ? Pero, el hacer el amor a una mujer es distinto segun el momento o según los casos ?

Jonval.-

No entiendo su pregunta.

Rosita.-

No le extrañe. !Como á mi nunca me hicieron el amor!

Jonval.-

?Es posible? !No la creo!

Rosita.-

!Quien quiere V. que viniera a hacerme el amor a este sexto piso, de donde no salgo, y que es el único mundo, la única novedad a la que he tratado.?

Jonval.-

!Rosita!

Rosita.- ¡Hacerme el amor en serio, no puedo esperar! ¡Quizá en broma...! Hagase la cuenta de que no soy yo quien está a su lado Enrique.

Jonval.- ¡Eso es imposible!

Rosita,- ¿Porque?

Jonval.- Porque al mirarla son sus ojos, ¡Sus ojos grandes y soñadores los que veo ! ¡Es su boca! Su boca de labios finos y apretados, prometedores de un beso apasionado. Es, su cutis de nieve; su sonrisa, acariciadora, su pelo; sus manos, (cogiendola las manos) esas manos que asemejan lirios y... es V. Rosita; usted, llena de ingenua dulzura, y bondad infinita.

Rosita.- ¡Fué V. mas lejos de lo que yo pretendia

Jonval.- No sé. Solo sé, que mis palabras nacen mas que en mis labios, en mi pecho; y que no son... una leccion de amor, sino el amor mismo, que ahora si es facil expresar, sentirle y hacer que llegue a ti mujer, para que prenda en tu corazón al que dices que nunca se había acercado.

(Jonval que ha puesto en las anteriores palabras el mayor fuego y pasión, acercandose a Rosita.

Rosita.- (Tapandose el rostro)

! Jonval !

Jonval.- Rosa. Rosita. Repite conmigo estas palabras.

Rosita.- ! No sé...!

Jonval.- / Si. / Di conmigo. ! "Te quiero" !

Rosita.- (Balbuceante)
! Te quiero !

Jonval.- ! "Mirame en tus ojos" !

Rosita.- (Idem)
! "Mirame en tus ojos" !

(Jonval le dá un beso apasionado Rosita cae desmayada en sus brazos.)

Jonval.- ! Se ha desmayado ! ! Pobre ! ! Pobre niña ! (Llamando) ! Germana ! ! Germana !

Germana.- (Apareciendo en la puerta del fondo.)
?Eh?

Jonval.- ! Sufre un desvanecimiento ! ! Un desmayo ! ! Sueña con el mas feliz de sus sueños !

Germana.- ? Pero y cuando despierte ?

Jonval.- ! No importa ! ! Es... su primera ilusión; su primer sueño de amor.

TELÓN

FIN DEL CUADRO CUARTO.

SEGUNDO ACTO.



CUADRO QUINTO.

C u a d r o Q u i n t o

¶ Han pasado dos meses y ocurre la
(acción de este cuadro durante un
atardecer de otoño. En el rella-
no no hay nadie; ni tampoco en
la habitación de Jonval. En su
cuarto, Rosita sentada en su buta-
ca, ante la maquina de escribir,
Ya no sonríe. Su rostro está pá-
lido y su mirada es triste. Se
advierte que disimula ante su pa-
dre, el cual la dicta como otras
veces.

Pimentel.-

(Dictando)

"Entonces penetró en el "estudio", donde aún estaba un retrato del Padre Eterno, de tamaño natural".

Rosita.-

(Repetiendo)

"Natural".

Pimentel.-

"Desde la muerte de su adorada esposa, el general había envejecido rápidamente.

Rosita.-

(Repitiendo con muestras de can-
sancio.

"Rápidamente"

Pimentel.-

? Te fatigas hija??

Rosita.-

No papi, no; sigue; Estoy bien.

Pimentel.-

(Después de ver la hora en su re-
lóg.

! Las cuatro y cinco y D. Julian sin venir...!

Rosita.-

No le esperes más, no sea que por esperarle, llegues tarde á la oficina.

- Pimentel.- Es que me hubiera gustado hablar con él Rosita. Eso de que tu le hayas llamado sin decírmelo siquiera, me preocupa, me inquieta.
- Rosita.- Pues no hay motivo papá. Tu sabes que D. Julian para mi, no es tan solo el Doctor, es el amigo. Un viejo amigo que me vio nacer como quién dice, y a quién no solo consulto, los dolores físicos, los males del cuerpo, sino también los del alma...
- Pimentel.- ¿ Eso quiere decir hija mia... ?
- Rosita.- Nada papa. Eso quiere decir que siento el deseo de charlar un rato con Don Julian. No olvides que el niño de Germana no está del todo bien y quiero que me diga...
- Pimentel.- Sin embargo. Tu estás otra vez más pálida, estás decaída. Desde hace un mes, yo te encuentro peor.
- Rosita.- Bueno, ¿que? ¿Seguimos? (Refiriéndose al trabajo) ¿O te marchas?
- Pimentel.- Seguiremos si no te cansa (pausa) ¿Donde íbamos?
- Rosita.- (Leyendo)
"el general había envejecido rápidamente"
- Pimentel.- Eso es. (Dictando) "Representaba por lo menos el doble"
- Rosita.- "El doble"
- Pimentel.- "La baronesa triunfaba. Ella misma piso-

teó la espada de Damocles, suspendida sobre su cabeza"

Rosita.- "Su cabeza"

Pimentel.- (Creyendo oír ruido en la escalera)
?Eh? ? Parece que alguien suba ? ?Será D. Julian?(Sale al descansillo y mira
(asomado al barandal)

No; no es él.

(Consulta de nuevo la hora)

!Oh! !Y es tardísimo!

Rosita.- !Ea ! !Dejémos el trabajo y vete! Vete a la oficina. Yo le dire que no has podido esperarle.

Pimentel.- Bien hijita. Dile que se hizo muy tarde y... Ya le veré yo.

Rosita.- Adios papa. Vete tranquilo.

Pimentel.- (Le dá un beso)
! Adios hijita !(Saliendo)!Es tardísimo! Que el doctor te examine bien. Díselo de mi parte.

Rosita.- Si, si. Descuida.

Pimentel.- Es tardísimo.

(Rosita se dirige al piano, pero se queda sentada ante él, sin llegar a tocar !Esta soñando!
Pimentel atraviesa el rellano y se encuentra en la escalera,
con Gastón que sube.

!Oh! Gastón... me alegro encontrarte. Esperaba con Rosita al medico: pero se me hace muy tarde.?Quieres quedarte con ella para cuando llegue D. Julian?De ese modo tu me contarás lo que él diga

!Mi hija está otra vez peor! ? No te parece ?

Gastón.- Un poco mas palida, pero...

Pimentel.- Gracias, Gastón. Gracias y hasta la noche.

(Pimentel baja ahora la escalera de prisa. Gastón llama en la puerta de Rosita.)

Rosita.- Entra Gastón.
(Gastón entra y cierra)

Gastón.- ? Qué tal te encuentras ?

Rosita.- Mejor. Un poco mejor.

Gastón.- Tu padre se marcha preocupado.

Rosita.- Pues no es nada. Un ligero malestar...

Gastón.- Me ha dicho que te acompañe. De modo que; ? si no te estorbo ?

Rosita.- Al contrario Gastón. Siéntate.

Gastón.- Si estabas trabajando; por mi puedes seguir.

Rosita.- Me sente ante el piano. No se si á tocar, ó a pensar...

Gastón.- ? En que...?

Rosita.- ! En algo que hoy no puedo decirte !
!En algo que he de hablar con D. Julian!

Gastón.- ? Con D. Julian ?

Rosita.- Si. (Pausa) ! En la vida hay ocasiones en que hablar con un medico o con un sacerdote puede causarnos gran alivio a

nuestros dolores ó á nuestros pesares.
! Quizá por eso, cuando llega la hora
de la muerte estan cerca de nosotros el
uno, y el otro !

Gastón.- (Rompiendo un silencio embarazoso)
? Quieres tocar aquella romanza que á
mí me gusta tanto ?

Rosita.- ? Cual ?

Gastón.- Aquella que te regalé ? No te acuerdas ?
Tócala en toho bajo, muy bajo. ! De ese
modo parecerá que la musica es un eco
que llega de muy lejos!
(Rosita, toca, muy piano, una ro-
manza.

Rosita.- (Interrumpiéndose)
? Ha entrado ?

Gastón.- (seco)
? Quién ?

Jonval.- Jonval.

Gastón.- (Algo más suave)
? Cómo voy a saberlo?

(Rosita suspira y vuelve a tocar.
Aparece Irene en los últimos pel-
daños de la escalera. Del modo
más natural como persona que tie-
ne ya costumbre de venir se diri-
ge a la puerta de Jonval y llama.
Al cabo de un momento, compren-
diendo que no hay nadie, levanta
el felpudo, coge la llave y abre.
Ya en la habitación, se quita
el sombrero y la piel; abre el
ventanal, mira un instante ha-

(cia los tejados próximos y va al sofá, en el que se echa indolentemente y enciende un cigarro. Germana salio despacio de su habitación, se dio cuenta de la llegada de Irene y de puntillas, se oculta en el pasillo del fondo. Ve entrar a Irene, escucha luego detrás de la puerta, se queda un ratito escuchando la romanza de Rosita y vuelve a su habitación. Rosita se dio cuenta de los pequeños ruidos del rellano, a los que prestó atención, mientras que Gastón tan solo está pendiente de la música. Al entrar Germana en su cuarto, suena la puerta y Rosita deja de tocar.

Rosita.-

(Nerviosa)

!Es él!

Gastón.-

Quizás-

Rosita.-

! Debo hablarle !

Gastón.-

? Pero que te sucede Rosita ? Dime...

Rosita.-

! Es algo muy importante...!

(Mintiendo muy mal)

Un secreto que no puedo explicar. (Pausa)
Pero, ?Porqué no viene?

Gastón.-

Si lo deseas yo mismo ire a buscarle.

Rosita.-

No, gracias. No es preciso.

Gastón.-

Como quieras. ! Yo...!

Rosita.-

! Qué bueno eres conmigo, Gastón !

Gastón.-

(Emocionado y a punto de decir su secreto.)

No, no es que soy bueno...!Es que yo Rosita...! ¡Yo también tengo secretos.... Estados de alma....

Rosita.-

Si. Si. Eres muy bueno. Yo solo te hablo de mis cosas y nunca me intereso por las tuyas. Tu también tendrás en tu vida...Secretos. Estados de alma como has dicho. Luchas y embates muy íntimos, muy callados, muy hondos...

Gastón.-

(Tratando de disimular)

!No! !No! ~~!!!~~ !Yo...! !Figúrate lo que es mi vida! ! De mi casa al taller y del taller a mi casa!(Con amargura) Soy solo... !Solo! No tengo padres a quienes consultar... Ni familia... Ni novia...

Rosita.-

(Riendo)

!Novia! ? Tu novia? !Me has hecho reír Gastón! !Me has hecho reír...!

Gastón.-

!Si! !Yo también me río cuando alguna vez pienso....

Rosita.-

!Sería gracioso! !Tú con novia...! !Casado! !Padre de familia ! !Gracias Gastón! !Gracias! !Dios te lo pague! ! Me has hecho reír...!

Gastón.-

Ríe Rosita. Ríe. Ríe si eso te hace bien
(Transición. Una mezcla de pena y de dolor.)

!Pero no te burles!

Rosita.-

?Eh? (Pausa) ?Te he molestado?

Gastón.-

No.

Rosita.-

Si ?Te has sentido herido? Perdoname Gas

tón. Perdona !Quería llorar y he reído!
/ No me habria dado cuenta.....!

Gastón.- Te juro que no me he sentido molesto. No. Al contrario. Soy feliz pensando que te he podido causar un bien. Pideme lo que quieras Rosita. Hace un momento me parecio notar que deseabas pedirme, encargarme algo. Dime en que puede servirte.

Rosita.- No no,

Gastón.- Si. Pensaré que si ahora no me lo dices, será porque te has enfadado.

Rosita.- No Gastón.

Gastón.- Si. Dime.

Rosita.- Pues escucha. He de escribir ahora una carta y necesito que la lleves á...

Gastón.- ?Ahi? ?A él?

Rosita.- ?Como sabes?

Gastón.- Ya conoces como es esta vecindad...!De sexto piso! Vivimos tan cerca los unos de los otros, que todo es objeto de comentarios. Nada eh el fondo. Habladurias... Ganas de hablar de unos y de otros.

Rosita.- Bien. Pues. Si !Ahi es donde has de llevar la carta!

Gastón.- !Dámela!

Rosita.- !Espera! !Voy á escribirla. Tu la echarás por debajo de la puerta

Gastón.- Yo vóy a mi casa. Cuando hayas terminado llamáme por la pared.

Rosita.- ¡Bien!

(Gastón sale y por el pasillo se dirige a su casa. Rosita empieza una carta y la rompe. Luego comienza otra. Germana vuelve a salir de su habitación y llama en la casa de Jonval.)

Germana.- ¿Se puede?

Irene.- (Abriendo sin la menor sorpresa)
Entre, Germana.

Germana.- Me dejé olvidado aquí esta mañana un plumero pequeño.

Irene.- Búsquelo.
(Germana hace como si le buscara)
¡Qué raro! Se deja usted aquí olvidadas las cosas muy a menudo. Sobre todo, los días en que tengo yo. ¡Cualquiera diría que es usted curiosa y quiere enterarse...!

Germana.- (Amoscada)
¿Curiosa una servidora? De ninguna de las maneras. Y si molesto a la señora, me marcho ahora mismo...

Irene.- (Riendo)
Nada de eso. Me agrada charlar con usted. Lo que no impide mi admiración por la variedad de pretextos que encuentra usted para venir

(Germana ahora ríe también)
Bueno. Y dígame ¿Cómo va el asunto del Americano?

Germana.- Muy mal. ¡Yo, que esperaba ahora, volver

a mi antiguo esplendor! Porque yo, aquí donde usted ^{me} ~~nos~~ vé, he nacido en muy buena cuna.

Irene.- (Aparentando seriedad)
No lo dudo.

Germana.- !He sido una mujer elegante!
(Cambiando de tono)
Usted es estrella de cine ¿verdad?

Irene.- Nada de eso.

Germana.- ¡Ya suponía yo que eran cosas de Berta!
Cree saberlo todo, y se tira cada plancha...

Max.- (Saliendo de su habitación y llamándola)
Germana.

Germana.- (Saliendo a la puerta)
¡Voy!

Max.- ¡Vamos, mujer...!

Germana.- (Ya en la puerta de Jonval. A Irene)
No puede pasarse sin mí.
(Abre la puerta)
Pero, si ya iba...
(Presentándole)
Mi marido.

Irene.- (Amable)
Tanto gusto en conocerle. Su mujer me habló mucho de usted. Pero entre.

Max.- (Entrando y haciendo una reverencia.)
!Señora! ¿Cómo estás, con ese traje Ger-

mana ? ?No te tengo dicho que no quiero verte así?

Germana.- ¿Tú dirás qué me pongo.?

Max.- (Dándose importancia)
!Germana! Es de muy mal gusto hablar de dinero, y vamos. No molestes mas.

Irene.- Ustedes no molestan.

Max.- (A Irene)
A sus pies, señora.
(Inclinándose)
Muy honrado...

Irene.- Hasta la vista.

!Max y Germana salen al rellano
(y cierran la puerta.)

Max.- ?Te has vuelto loca, para presentarte así?

Germana.- !Ni que fuese ella una Princesa!

Max.- Bueno: ?vienes o no a limpiarme los zapatos?

Germana.- !que ha oido ruido en la escalera)
!Calla!

Max.- ?Quieres no meterte en lo que no te importa?

Germana.- !He dicho que te calles!
(Mirando y retirándose a poco con
(su marido para entrar de nuevo
(en su casa.)

Jonval sube corriendo. !Valiente pájara!
!Ya le ha vuelto loco!

Max.- !Anda! !Anda! ?A ti que te importa todo

esto?

Germana.- ¿Que no me importa? ¡Fobre Rosita...!
(Ambos entran en su habitación)

(Jonval aparece jadeante en la
escalera. Ve la llave en la ce-
rradura de su puerta y compren-
de que está "ella", sonrie y
empuja.

Jonval.- ¡Hola!

Irene.- ¡Hola! (Se abrazan) ¡Ya es hora de que aparezcas!

Jonval.- ? Te hice esperar ?

Irene.- No mucho. Aquí me encuentro bien...,
(Con malicia)
...hasta sin tí.

Jonval.- (Cogiéndola^{de} un braza)
¡Que olór! ¡Tu perfume! ¡El perfume de la mujer de gris...!

Irene.- (Insinuante)
¡Para detective no tienes precio!

Jonval.- Desde el primer piso, me di cuenta de que estabas

Irene.- Por lo visto tienes el corazón en la nariz. ¡Materialista!

Jonval.- Si fuese un espíritu puro, ¿me querrias?

Irene.- Quizás, no. (Burlona)
Pero, no presumas de otra cosa....

Jonval.- Entonces, ¿por qué me quieres?

Irene.- ¿Lo sé yo acaso?

Jonval.- ¿Como...?

Irene.- Yo misma no ~~me~~ sé explicarme este amor, que empezó en fler y ha acabado...

Jonval.- Como debía acabar.

(Al ver en la mesa los paquetes
que trajo Irene.)

¿Comes hoy conmigo?

Irene.- (Por los paquetes)

¿No te agrada?

Jonval.- ¿Se ha ido de viaje? ¡Si es así; soy feliz!

Irene.- Unas horas no más.

Jonval.- Quisiese que te quedases sola, una semana; un mes...

Irene.- ¿Por qué no un año?

Jonval.- ¡Eso! ¿Por qué no un año?

Irene.- Al cabo de una semana, te aburrirías.

Jonval.- ¿Yo?

Irene.- Sí. Tú necesitas libertad, No soportas un freno...No aguantas una cadena.... aunque sea la de unos brazos de mujer

Jonval.- (Soñador)

Acaso sea verdad. ¿Un poco de Té?

Irene.- (Afirmando)

Gracias. ¿Tuviste éxito con tu nueva canción?

Jonval.-

(Sacando del bolsillo una carta)
Toma lee.

(Irene empieza a leer mientras que Jonval pone agua a calentar en el hornillo y coloca las tazas en la mesa.)

Ni siquiera esperaron a escucharme; porque yo intentaba...

Irene.-

(Irónica)
?Leo... o te oigo?

Jonval.-

Tienes razón. Lee.

(Rie. Luego la besa y sigue arreglando las cosas. Hace unos instantes, Rosita se ha levantado y ha ido a la habitación del fondo, en cuya pared ha dado tres golpes. Vuelve a su mesa, lee la carta que ha escrito y la cierra. Poco después, aparece por el pasillo Gastón, que llama en la puerta de los Pimentel.)

Rosita.-

Entra. (Gastón entra)

Gastón.-

(Asustado al ver el rostro de Rosita.)
?Qué te pasa? !Estas mas palida...!

Rosita.-

(Dominando su emoción)
?Quieres...echar bajo su puerta... la carta de que hablamos?

Gastón.-

(Triste)
Dámela.

Rosita.-

Perdona que vaya cerrada; pero es un secreto que no me pertenece. ?Me prometes echarla?

Gastón.- Ya te dije que sí.

Rosita.- ¿Sin que nadie te vea?

Gastón.- ¿No tienes confianza en mí?

Rosita.- ¡No he de tenerla! Toma.

(Le entrega la carta)

Y luego cuando hayas dejado la carta ~~en~~
~~XXXXXX~~ ¿quieres bajar a comprarme un
sello de aspirina?

Gastón.-

(Guardando el sobre en un bolsillo)

Comprendo. Le pides que venga. Necesitas hablarle a solas.

(Rosita calla. Gastón sale al rellano. Rosita agotada por el esfuerzo, cae en el sillón y rompe a llorar. Gastón va a la puerta de Jonval; mira a un lado y a otro y cuando comprueba que nadie mira, echa la carta por debajo. Irene ha terminado de leer el pliego que le entregó Jonval y, cuando, sonriente se dispone a comentarlo, se fija en el sobre que aparece bajo la puerta empujado por Gastón. Se levanta lo coge y lo examina.)

Irene.-

(Alegre, aunque un poco celosa)

Mira, mira. Una carta con letra de mujer.

Jonval.-

¿Qué dices?

Irene.-

Acaban de echarla por debajo de la puerta. (Le olfatea) ¡Puf! Perfume barato. Tendrá faltas de ortografía. ¡A lo mejor es de una sirvienta...!

Jonval.-

(Tratando de coger la carta)

?Celosa?

Irene.-

(Que lo es)

?Yo, celos por tí? !Qué gracioso!

Le tira el sobre a la cara. Jon-
(val lo coge al vuelo, lo abre
(y lee rápidamente la carta.

Jonval.-

!Oh!

Irene.-

?Qué te pasa? ?Qué tienes? Me asustas...

(Le quita el pliego)

Jonval.-

?Qué haces?

(Intentando recobrarla)

Irene.-

!Quita!

Jonval.-

Déjame...

Irene.-

(Que ha leído lo esencial)

?Cómo? ?De..? !Le enferma! ?Esa pobre
desgraciada?

Jonval.-

(Suplicando)

!Irene...!

Irene.-

(Indignada)

Pero tu; ?Tú?

Jonval.-

Te explicaré, Irene. Fué antes de cono-
certe; es decir, antes de que volviesses
por segunda vez. No eras aún nada para
mi. Hubo una fiesta ahí; era el día de
su cumpleaños. Todo muy abigarrado muy
cursi. Nos quedamos solos al terminar
la fiesta y ella me dijo, que ningún hom-
bre la había hablado de amor. Fué un jue-
go nuevo, de lo mas grotesco.

Irene.- ¡Calla!

Jonval.- Ella misma me rogó que la enseñase palabras de amor y de cariño, por si alguna vez alguien la enamoraba. Después Me entretenía el juego. "Profesor de amor" pensé; y un día tras otro, en este nuevo deporte, perdí la serenidad. ¡Comencé haciendo una obra de caridad y terminé...!

Irene.- ¡Calla!

Jonval.- ¡Un capítulo de novela...!

Irene.- ¡No! ¡De tragedia tratándose de esa pobre criatura! ¡Jonval eres un mal hombre! Me das miedo

(Muy nerviosa se pone el sombrero y los guantes.)

Jonval.- ¿Te vas? ¡No me dejes te lo suplico!

(Trata de atraerla hacia sí)

Irene.- ¡Atres! ¡Quieto! ¡Que horror!

Jonval.- (Sujetándola)

¡No me dejes! ¡Espera! ¡Irene...!

Irene.- ¡Adios! ¡Adios! ¡Adios para siempre!

(Empujándole)

(Sale al rellano y baja, rápida, la escalera.)

Jonval.- (Siguiéndola)

¡Irene! ¡Te lo suplico! ¡Irene...!

(La voz de Jonval hizo a estremecerse a Rosita, que va con dificultad hasta la puerta, y ve a Jonval en el peldaño de más arriba)

(be, llamando a Irene.

Rosita.-

(Gritando desfallecida)

!Enrique...!

(Al oírlo Jonval, se detiene.

(asustado. Tiene un gesto de do-
lor y vacilación; pero, de pron-

to, vuelve a bajar a toda prisa,
(sin ~~cesar~~ ^{cesar} de llamar a Irene. Su

voz se pierde hacia abajo. Rosi-
ta cae al suelo desvanecida.

TELÓN

FIN DEL CUADRO QUINTO.

SEYTO PISO.

3^o

T E R C E R A C T O .



CARLOS MANUEL FERNANDEZ-SHAW

TERCER ACTO.

SEXTO CUADRO .

A C T O T E R C E R O

S é x t o C u a d r o

(Al comenzar la tarde del día siguiente. Nadie en el rellano. Juan val, en su cuarto, está haciendo su equipaje. Pimentel en su casa, con Germana. La puerta que comunica con el fondo, cerrada. Pimentel tiene puesto el sombrero y el abrigo, y está a punto de salir.)

Pimentel.- Esté usted al cuidado Germana me da miedo dejarla sola.

Germana.- No se preocupe; no será nada.

Pimentel.- ¡Ojala! Pero... me alarma ese decaimiento. En fin, veamos los encargos...:
(Consulta un papel escrito)
la farmacia, la frutería...

Germana.- Puedo ir yo, si usted quiere.

Pimentel.- Gracias; pero necesito que me dé el aire. Además quiero ver a D. Julian: que me diga su impresión

Germana.- Conmigo fué muy claro ayer; un poco ^{de} anemia; nada grave.

Pimentel.- Para los médicos, nunca hay nada grave.

Germana.- ¡Espere! (Prestan oído a la habitación interior)
Me pareció que hablaba.

Pimentel.- No creo. Estaba durmiendo. La agradeceré que no se mueva de aquí: ¿eh?

Germana.- Vaya descuidado.

Pimentel.- Si se despierta antes de que yo vuelva, que no se levante. Todo su empeño es estar levantada.

Germana.- Yo la convenceré.

Pimentel.- Gracias.

(Sale al rellano y baja la escalera. Cuando ha desaparecido, Germana va de puntillas hasta el balcón y sigue a Pimentel con la mirada. Cuando comprueba que este no ha de volver sobre sus pasos, va al fondo de la meseta, y llama en voz baja.)

Germana.- ¡Berta!

(Vuelve a la barandilla)

La voz de Berta.- ¡Voy!

(Aparece Berta en el fondo, también sigilosamente.)

¿Se fué ya?

Germana.- Sí. Va a casa del médico.

Berta.- Pues allí se va a encontrar con Gastón.

Germana.- No creo. Gastón salió hace una hora.

(Dirigiéndose a la escalera)

Entonces: ¿que?, ¿bajo al portal?

Germana.- Sí: Cuando veas que vuelve me avisas.

Berta.- Dos silbidos: como siempre.

(Desaparece, escaleras abajo)

Germana.- (Llamando en la puerta de Jonval)

Señor Jonval: soy yo.

Jonval.-

(Abriendo)
¿Se marchó ya?

Germana.-

Ahora mismo.

Jonval.-

Pues voy.

(Sale al rellano, cierra su puerta y sigue a Germana al cuarto de los Pimentel, en el que ambos entran. Germana entreabre en seguida la puerta de comunicación.)

Germana.-

(Hablando hacia adentro)
Ya está aquí. ¿Puede entrar?

La voz de Rosita.-

(Dentro)

Si.

(Jonval entra. La puerta del fondo queda abierta. Germana sale al rellano y deja entornada la puerta entre el cuarto y el descansillo. Por la escalera aparece la Señora Maret con una carta en la mano.)

S^a Maret.-

¿Que? ¿Hay algo nuevo?

Germana.-

Si. Ya estan los dos hablando.

S^a Maret.-

¡Qué disgusto! ¡No acaba una de aprender!

(Llamando, asomada al barandal)

¡Constancio! ¿No vienes?

(A Germana)

¡Lo que paladea su café!

(Llamando otra vez)

¡Pero Constancio!

La voz de Maret.-

(Desde el quinto piso)

Ya voy, mujer; ¡ya voy!

S^a Maret.-

(A Germane)
?Está ahí su marido?

Germana.-

Eso creo.

S^a Maret.-

(Encogiéndose de hombros)

?Ah? ?Eso cree?

(Va a la puerta de Max)

!Señor Lafontaine! Tengo que hablarle

(Desaparece por el pasillo del fondo y llama a otra puerta.)

!Señorita ! !Tengo que hablarla!

(Vuelve a la barandilla y grita.)

!Vamos, hombre! !Más deprisa!

Maret.-

(Apareciendo lentamente por la escalera)

?Es que hay fuego en la casa?

Max.-

(Saliendo de su cuarto)

A sus órdenes, señora. ?Pasa algo?

(Juana ha aparecido por el pasillo del fondo.)

S^a Maret.-

Acérquese.

Maret.-

!Ah! !Vamos! Hay mitin de inquilinos.

S^a Maret.-

Tú lo has dicho.

Maret.-

Entonces, puedo sentarme.

(Lo hace en el último peldaño)

S^a Maret.-

(A todos)

Todos saben de lo que se trata.

(Señalando con la cabeza hacia la habitación de los Pimentel.)

Personalmente, estoy muy disgustada, porque me molestan estas cosas entre mis vecinos. Pero, a lo hecho, pecho. ~~Abura~~

bien, convinimos anoche en que el padre no debía saber nada por ahora. Todos le debemos, en el piso algun favor al Señor Pimentel; es la bondad personificada...

Germana.- ¡Y que lo diga usted, señora!

S^a Maret.- Bueno, pues después de haber convenido anoche eso, tengo que comunicarles que entre nosotros hay un traidor.

Todos.- (Unos a otros)
¿Un traidor?

S^a Maret.- Un traidor y un cobarde. Han de saber Vds que han escrito una carta anónima al señor Pimentel.

Germana.- ¡Oh!

Max.- ¿Es posible?

Juana.- ¿Quién es capaz de eso?

S^a Maret.- Eso quiero; aclararlo entre los del sexto piso. De este piso ha tenido que salir el anónimo, pues somos los únicos que lo sabemos. En el piso quinto, solo lo sabe el matrimonio Duval y yo. Los Duval estan de viajes.... En el cuarto es imposible que sepan nada. Por lo tanto... (Saca la carta, que guardó en su bolsillo a poco de llegar.)

Aquí está la carta. Llegó al mediodia y se ve que fué echada al buzón a las ocho de la mañana, en la estafeta más próxima. Como me pareció sospechosa, la abri

Maret.- ¿Que la has abierto Tú estás loca. ¿sabes a lo que te expones?

S^a Maret.- No me expongo a nada y, si me expongo, me es igual. Lo importante es que un supuesto amigo, pone en guardia al pobre padre sobre la clase de enfermedad de su hija (A Germana) ?Ha sido usted?

Germana.- (Indignada)
!Señora!

S^a Maret.- (A Juana)
?Usted?

Juana.- (Muy indignada)
?Yo?

S^a Maret.- (A Max)
?Usted?

Max.- (Solemne)
Porque es usted una señora, no le contesto adecuadamente.

S^a Maret.- Por eso no lo deje, porque tengo un marido que responde por mí. No es muy lucido, pero ^{no} hay otra cosa.

Maret.- (Burlón)
Muy amable.

Max.- (A Maret)
Entonces: ?usted se batirá conmigo?

Maret.- (Siguiendo la burla)
Nos batizemos mañana en las carreras. Usted apuesta al ganador, y yo al colocado

Max.- (A la señora Maret)
Un artista no es un traidor nunca señora.

S^a Maret.- Ya me figuraba yo

- S^a Maret.- Ya me figuraba yo que no era usted; pero había que hacer la demostración en público. Luego, es uno de este piso, que no está aquí ahora.
- Maret.- No me has preguntado a mí
(Todos ríen)
- S^a Maret.- Déjame en paz. Y si es uno del sexto piso que no está aquí, exclámla Rosita: ¿Quién queda? (Ausa) ¡Gastón!
- Todos.- (Protestando)
¿Gastón...?
- S^a Maret.- O Berta.
(Un prolongado silencio)
- Germana.- ¡Por esa... no pondría yo las manos en el fuego! Enséñeme el sobre. Yo conozco muy bien como desfigura la letra cuando manda cartas anónimas. ¡Hemos enviado tantas juntas!
(Risas)
- S^a Maret.- (A Max)
Acompañe a usted en el sentimiento.
- Max.- (Severo)
¡Germana!
- Germana.- (Después de leer el sobre)
¡De ella! ¡De ella es! No me cabe duda
- S^a Maret.- Pues yo me las entenderé con ella.
- Gastón.- (Apareciendo de repente en los peldaños visibles de la escalera.)
¡No señora Maret! Me las entenderé yo, con supermisio.

Todos.- ¡Gastón!

Gastón.- (A la Sr Maret)

Deme esa carta.
(Se la da)

Yo me encargo. La he oído a usted y se lo que tengo que hacer. Desde luego yo soy quien ha roto el sobre, no usted. La responsabilidad desde este momento es, mía.

S^a Maret.- Bien. Gastón. (Amas)

(A los demás)

Y á Vds no tengo más que decirles. Cada mochuelo a su olivo.

(A Maret, que obstruye, sentado, en el paso a la escalera.)

Y tú el primero.

Maret.- (Retirándose, con afectación)

¡Perdóne la señora princesa...!

S^a Maret.- Ceno esta noche fuera de casa, ya lo sabes; no me esperes.

Maret.- Conforme; yo me voy a las carreras. ¡Somos un matrimonio del gran mundo.!

(La señora Maret hace mutis por la escalera. Maret se levanta con dificultad.)

¡Ay! ¡Mi ciática! ¿Qué? ¿Nos batimos?

Max.- (Riendo)

¡En las carreras! ¡Hasta que no quede un caballo!.

(Maret se va a su habitación)

¿Vienes, Germane?

Germane.- (Asomada a la barandilla)

Nó ppeço estoy vigilando.

(Max entra en su habitación)

Juana.- (A Germana)

? Y la enferma ?

Germana.- Igual. Entró a verla ese hombre hace un momento.

(Gastón que fué a su cuarto y ha vuelto. Se dirige a la puerta de los Pimentel.)

Germana.- (Sujetándole)

!Gastón! Fué Rosita quien quiso verle.

Juana.- (A Germana)

Salúdela en mi nombre.

(Se va por el pasillo del fondo)

Germana.- De su parte.

Gastón.- ? Y el Sr. Pimentel salió?

Germana.- Si, Fué a casa del medico.

Gastón.- ?A casa de D. Julian? ? Y porqué le dejaron? Pero enfin no le dira nada. Me lo ha prometido.

(Maret vuelve a salir de su casa, con sombrero, sbrigo el brazo y bastón.)

Germana.- ?A las carreras, por fin?

Maret.- Si. Hoy toca Auteuil, (1) ?Apuesto por ustedlo francos a Flecha de Oro?

(Germana dice que no con la cabeza.)

?Y cinco?

(Germana niega otra vez)

?Cuatro? ?Tres...?

(1) Pronúnciese: Otéil.

Germana.- No tengo ni uno

Maret.- ¡Qué lástima!

Germana.- En mí, esto de no tener, es enfermedad crónica

(Maret desaparece por la escalera)

Gastón.- Cuando salga (Por Jonval) avísame.

Germana.- Descuide.

(Gastón se va por el pasillo. Por la puerta de comunicación entre las habitaciones de los Pimentel, sale Jonval con rostro abatido.)

Jonval.- Yo ^{no} soy un malvado Rosita. Los dos nos alucinamos. Fue un vertigo. Un delirio... ¡Acepte mi ofrecimiento! ¡Fuera de París; en esa hermosa finca; en el campo como la digo, encontrará V. el reposo y la quietud que se necesita en estos momentos. Luego...

Rosita.- ¿Dice V. que esa granja está...?

Jonval.- Cerca de Vermon. Si V. me autoriza me ocuparé de todo.

Rosita.- ¿Ha estado V. alguna vez allí, Jonval?

Jonval.- No: pero...

Rosita.- ¿Piensa V. ir?

Jonval.- ¡Quien sabe...!

Rosita.- Pero, si no es suya la finca ni de sus familiares; ¿como puede V. ofrecerme en ella una temporada de quietud y reposo?

- Jonval.- Ya la he dicho que no se preocupe. Hay una persona que se interesa por V..La dueña de aquel bello rincón, se lo ofrece con toda su alma.
- Rosita.- ¿La dueña...? ¿Que una mujer se interesa por mi desgracia?
(Reaccionando)
¿Jonval? ¿Que clase de hombre es V.?
¿Como se atreve a ofrecerme lo que no es suyo? ¿Como y porqué sabe esa persona de mi dolor y mi desgracia?
- Jonval.- Tranquílcese. Cuando V. me mandó ayer su carta, esa persona estaba conmigo. Sin que yo pudiera impedirlo la leyó.
- Rosita.- ¡Oh! Entonces... ¿Alguien mas que nosotros dos sabe...? ¡Que horror! ¡Que horror! ¡Que vergüenza!
(Oculta la cabeza entre sus manos y llora)
- Jonval.- ¡Sosieguese Rosita! ¡No llore! Esa persona comparte su pena. Ella misma está dispuesta a venir, ~~la~~ a hablar del viaje con su padre, sin que él sospeche. Acepte Rosita. Déjeme que yo en estos momentos la ayude como pueda...
(No dejando hablar a Rosita que intenta hacerlo.)
La repito que se tranquilice. Su padre que solo ve en usted un estado de devilidad, sabe que para su curación es preciso que se vaya al campo. El no puede hacer fente a los gastos que esto le ocasionaria (Pausa) Esta noche hablaré con su padre.
- Rosita.- No Enrique. No. ~~Yo~~ le suplico que no hable con él. ¡Me horroriza pensar como sufriria!

Prométame que no le dirá nada.

Jonval.- Lo que usted quiera.

Rosita.- Ya pensaré lo de irme al campo. Quizás sea lo mejor. Si. Si. Reflexionaré. NO sería tan rápido. ¿verdad? Mi padre irá otra vez mañana a su oficina y usted puede volver para que sigamos hablando. Pero ahora vayase, que está para llegar.
(El hace intención de retirarse y ella le retiene.)

Dígame, Enrique... Esa mujer... ¿Usted la quiere?

Jonval.- No. Hubo un momento en que creí... Pero... no.

Rosita.- Y...

Jonval.- (Después de una pausa)
¡Perdon! ¡Perdon! No se lo que es amar a nadie. Es terrible pero... no debo mentirle en este momento.

(Pausa)

Rosita.- (Con un suspiro)
Hasta mañana, Jonval.

Jonval.- Hasta mañana, Rosita.

(Sale Jonval al descansillo y cierra la puerta. Rosita se desploma en el sillón. Jonval atraviesa el rellano y está tan preocupado que no ha reparado en Germana. Esta tuvo tiempo de apartarse de la puerta y asomarse al balcón, enjugándose con un pañuelo las lágrimas que la han producido la escena que acaba de oír. Jonval, ya en su cuarto, se deja

caer en el diván. Rosita bebe el contenido de un frasquito que tenia oculto. Gastón vuelve. Rosita guarda el frasco.

Gastón ¿Puedo entrar Rosita?

Rosita Entra (Disimulando) ¡Hola Gastón!

Gaston No trates de ocultarme la verdad con esa fingida sonrisa. Dime...: es decir, nada digas...

(Rosita se tapa la cara con las manos)

Rosita ¡Nada digo Gastón! (Pausa) ¡Yo no he de vivir mucho! ¡Luego...! ¡Cuando yo haya muerto...!

Gaston ¡Rosita! ¡No hables de morir! ¡Yo necesito que vivas! ¡Aún seras feliz! ¡Aún podrá hacerte feliz un hombre!

Rosita (Incrédula) ¿Un hombre? (Dándose cuenta)

Gracias. Gracias. ¿Serías capaz de un sacrificio?

Gaston ¡No! Sacrificio, no Una ilusión con la que soñé siempre. Tu padre sabe, pues a él se lo dije muchas veces

Rosita ¿Que a mi padre le has dicho....?

Gastón ¡Que te quiero Rosita! ¡Que siempre te he querido! ¡que solo por estar al lado tuyo, por verte, por oírte, con sentirme feliz con tus

alegrías, y triste con tus penas, he podido seguir
viviendo esta vida mía, sin más ilusión sin un
más allá que tú, que cada vez te alejabas más, de
ese amor mío callado y oculto.

Rosita ¡Calla Gastón! ¡Calla! ¡Que egoísta he sido! ¡Tú que-
riéndome con toda la grandeza de ese amor no de-
clarado, y yo... diciéndote a todas horas, como
quería a otro hombre. Perdóname Gastón Perdóname

Gastón ¡Aún podemos ser felices!

Rosita ¡Gastón...!

Gastón ¡Ya sé que hoy no me quieres...! ¡Que hoy no pue-
des quererme...! ¡Hoy...! ¡Deja que sea el hombre
bueno que piensa en ti, y ... en tu padre. Maña-
na acaso haya sabido ganarme tu cariño, y enton-
ces, sé que me querrás como no hubieras querido
a nadie! (Pausa) ¿Que me respondes? (pausa)
¡Comprendo! ¡Comprendo! ¡Quieres estar sola...!
Te dejo. ¡Piensa en cuanto acabo de decirte!

~~Rosita (Llorando)~~

Rosita (Llorando)

!Gracias Gastón! !Gracias! !Dices bien...
...! !Déjame estar sola! !Deja que lllore!

(Gastón con la emoción natural
del momento hace mutis.)

Germana.- ?Cómo sigue?

Gastón.- Me dá miedo.

(Se asoman los dos a la barandi-
lla. Rosita se ha puesto de ro-
dillas ante el sillón y reza.
De pronto, suenan abajo, en la
escalera dos silbidos cortos.)

Germana.- Ya está ahí.

(Responde desde la barandilla con
otro silbido, y, enseguida va a
la puerta de Jonval.)

No dalga ahora, que el padre vuelve.

(Va al barandal y llama)

!Señora Maret!

Voz de la señora Maret.-

(Desde el quinto piso)

?Qué hay?

Germana.-

(Señalando con el dedo los pisos
bajos.)

!Ya sube Berta!

(Gastón va al pasillo del fondo
y se la oye llamar a la puerta de
Juana.)

La Voz de Gastón.- !Juana! !Si! Ya viene.

(Vuelve al descansillo y llama
en la puerta de Max.)

!Max! !Ya está subiendo...!

Max.-

(Abriendo)
¿Berta?

Gastón.-

Si.

Max.-

Voy. (Sale, con Juana, que viene del pasillo, y llega hasta la barandilla. La Señora Maret aparece en los últimos peldaños; y todos entendiéndose por gestos, quedan asomados al barandal. Silencio unánime. Se escuchan los pasos de Berta, que sube. Al fin llega esta, toda sofocada. Todos se retiran y, de pié, mudos, adoptan una actitud de franca hostilidad.)

Berta.-

(Desde el último peldaño)
Ya llega, está subiendo.

Gastón.-

(Avanzando hasta ella)
¿Por qué ha escrito usted esta carta?
(Metiéndole el papel por los ojos)

Berta.-

(Asustada)
¿Yo?

Gastón.-

Me consta que ha sido usted. Y anoche se comprometió, con todos... ¿no recuerda? Si el señor Pimentel se entera de algo, por su culpa...!

(Berta, aterrorizada, mira los rostros acusadores de sus vecinos y desaparece, temblorosa, por el pasillo entre el general desprecio. Germana se asoma nuevamente a la barandilla.)

Germana.- ¡Ya esta en el piso cuarto!

S^a Maret.- Cada cual a su casa. Le extrañaría ver-
nos.

(Gastón y Juana vuelven al pasi-
-plo. Max invita a entrar en su
cuarto a la señora Maret y entra
detrás de ella, siguiéndoles Ger-
mana/El rrsalano queda vacío. Se
oye subir al señor Pimentel. Lue-
go aparece éste deprisa y fati-
gado, con varios paquetes en las
manos. Abre su puerta y se en-
cuentra a su hija tendida en el
suelo. Rápidamente acude a ella.

Pimentel.- ¡Rosa! ¡Rosita!

(Soltó los paquetes donde pudo e
intenta levantarla.)

¡Hija! ¡Hija!

(Sale al rellano)

¡Germana! ¡Pronto!

(Vuelve a arrodillarse junto a
Rosita.)

¡Nena! ¡Nena mía!

(Al abrazarla encuentra el fras-
quito.)

Germana.-

(Que ha salido corriendo de su ha-
bitación, y llega, asustada.)

¿Qué ocurre?

Pimentel.-

(Con su hija inerta en los bra-
zos. Al ver el frasquito.)

¿Pero, que ha hecho?

(A Germana)

¡La dejo usted sola! ¡Se ha envenenado!
Un medico. ¡Corra por un medico!

(Sigue, medio loco, auxiliando a
su hija.)

Germana.-

(En la puerta)

!Se ha envenenado!

(Llamando)

!Señora, Max! !Se ha envenenado!

(Apareciendo todos los inquilinos en el rellano, menos Berta. Se acerca a la puerta, abierta de los Pimentel y miran, asustados, hacia dentro.)

Todos.-

(Cada uno con su actitud)

Pero, ¿es posible? ¿Envenenada?

Pimentel.-

(Suplicante)

!Un médico! !Pronto! Un médico.

Gastón.-

(Fuera de sí)

!Voy! !Voy!

(Desaparece volando, -mas que corriendo-, por la escalera.)

Pimentel.-

(Que ayudado por Germana, ha colocado a Rosita en el sillón y sostiene la cabeza caída.)

?Por qué, se ha envenenado? ?Por qué?
?Por qué Dios Santo?

(Y sobre los personajes aterrizados que no dicen palabra, mientras que Pimentel, en vano, sigue llamando a su hija, desciende el telón.)

- F I N - D E L - C U A D R O - S E X T O -

TERCER ACTO.

S E P T I M O C U A D R O .

ACTO TERCERO

Septimo Cuadro

(Tres días después, al comenzar la tarde. Nadie en el rellano. El cuarto de Jonval está también vacío. Todo indica una inminente marcha: ni grabados ni fotos en las paredes, ni bibelots en los muebles. En medio de la habitación un baúl y dos maletines, cerrados. En el cuarto de Pimetel, pasea este de un lado a otro: y se detiene al ver salir al Doctor, del cuarto del fondo.)

Doctor.- Cállese. Esto va muy bien.

Pimentel.- ¡Ah, Doctor! ¡Qué tres días de sufrimiento. Presenciar impotente el avance de un mal, y desesperarse sin poder hacer nada, Doctor, hábleme de una vez: dígame la gravedad de mi hija.

Doctor.- ¡Pues sí! Le hablaré sinceramente amigo Pimentel. (Pausa) La mayor desgracia que puede ocurrirle a una ^{muchacha} de la edad de su hija, es haber perdido su madre, precisamente en esa peligrosa edad en que dejan de ser niñas, para convertirse en mujeres. Aunque la comparación es harto vulgar... ¡La crisalida, precisa una gran atención y un gran cuidado para convertirse en mariposa...! ¡Nosotros los hombres...!

Pimentel.- ¡Comprendo Doctor! ¡Comprendo...!

Doctor.- ¡Su hija de V. debe casarse... ~~¡Comprendo...!~~

Ya se lo dije a V. antes de este nuevo accidente que ha puesto en peligro su vida. El matrimonio ha de ser para ella, lo hubiera sido ya, su salvación, el renacer una nueva vida. De momento, se ha salvado el peligro. Ahora hay que encauzar esa vida.

Pimente.-

?Pero como? Que se yo, de si está enamorado ó no? Que se yo porqué se envenenó habiéndose salvado quizás porque era pequeña la dosis de aquel maldito líquido... ?Le ha dicho a V. algo? Usted en esta casa no es el medico; es el viejo amigo...

Doctor.-

Mire, querido. Mi misión se circunscribe al enfermo y a la enfermedad. Hable V. a su hija. Si le guarda algun secreto se lo confesará. Pero no olvide que está muy delicada, que hay que mimarla. Se ha formado en ella un complejo de inferioridad que, la liga a este cuarto, del que no sale nunca. Rosita es estúpida y es sensible: demasiado sensible: de una sensibilidad agudizada. Con lo que ha venido a parar en una gran imaginativa. Sus cualidades son de verdadera artista: le afectan con violencias alegrías y dolores. Es, en suma, la hija de un novelista de imaginación.

(Pausa)

Quizás haya visto aquí a algún hombre, y se haya enamorado de él. ?Por qué no? No me extrañaría. Acaso,- y esto es lo mas probable-, haya sospechado que jamás sería la esposa, no del hombre real que ella amase, sino del ser ideal que su fantasía forjara. Tras este ideal ha

querido evadirse y... nada más puede decirle. Ahora; usted y ella deben hablar. Yo he terminado mi misión. Si ocurriera algo aviseme. Tengo muchos enfermos y se me ha hecho muy tarde.

(estrecha la mano de Pimentel y sale al descansillo. Pimentel le sigue.)

Pimentel.- Adiós Doctor !Gracias! ! Nuevamente Gracias!

(Se queda viéndole descender por la escalera. Germana sale de su cuarto y se acerca a él, junto al barandal.)

Germana.- ¿Qué dice?

Pimentel.- Qué ^{ha} desapareció el peligro.

Germana.- ¿Puedo pasárala verla?

Pimentel.- Ahora duerme. Más tarde. ¿Sabe usted si está Gastón?

Germana.- No: No está en su casa. Estará trabajando.

Pimentel.- ¡Es claro! Hoy es jueves! Ni sé en el día que vivo.

Germana.- ¿No vuelve usted a su oficina?

Pimentel.- Debía ir. Hoy tengo que cerrar el balance y... Pero...

Germana.- Yo me quedaré con ella.

Pimentel.- Gracias, Germana. Ha sido usted más que buena: abnegada.

Germana.- ?Quiere usted callar?

Pimentel.-

(Mirando su reloj)

Las tres menos cuarto. Aún tendría tiempo de llegar

(Vacila)

Pero no. Prefiero quedarme. Hasta luego. Cuanto con usted para cenar.

Germana.-

Gracias señor Pimentel.

(Pimentel entra en su cuarto, cierra la puerta con suavidad, se sienta y toma un libro; pero no puede fijar en él la atención y queda con el libro abierto; medita. Germana se asomó a la brandilla al oír pasos en la escalera, por la que llega Berta. Germana no se mueve.)

Berta.-

(Ya arriba)

Viene Jonval detrás de mí.

(Germana no contesta)

?No te interesa?

(Germana persiste en un mutismo.)

(Berta baja la cabeza, y se va

por el pasillo, donde se la oye

entrar en su cuarto. Segundos

después, llega Jonval. Lleva ga-

ban y sombrero.)

Jonval.-

(Ya en el rellano)

Buenas tardes, Germana.

Germana.-

(Tris)

Buenas tardes.

Jonval.-

(Que abrió su puerta)

?Nadie preguntó por mí?

- Germana.- (Comprendiendo que se referia a Irene.)
¿Esa señora? No.
- Jonval.- Entre usted. Quiero que me diga V. una cosa. (Germana entra lentamente)
Me he cruzado con el Doctor en la escalera. ¿Ha dicho algo?
- Germana.- Sí. Que está fuera de peligro.
- Jonval.- ¿Preguntó por mí Rosita?
- Germana.- No.
- Jonval.- ¿Ni pronuncio mi nombre?
- Germana.- No.
- Jonval.- ¿La han dicho que me marcho hoy?
- Germana.- ¡En qué cabeza cabe! Eso sería matarla.
- Jonval.- (Se pasda nervioso)
Pues quiero verla.
- Germana.- Está con ella su padre.
- Jonval.- Si la escribo una carta, ¿usted se la entrega? (Silencio de Germana)
Contésteme.
- Germana.- No lo sé. También eso puede perjudicarla.
- Jonval.- Entonces hablaré con su padre, ¡y acabaremos de una vez!
(Intenta salir. Germana le contiene.)
- Germana.- ¿Está usted loco? ¿Qué va usted a conseguir?

Jonval.- Acaso todo. ¡Déjeme!

Germana.- ¿Es que se va V. a casar con ella?

Jonval.- (Reaccionando)
¡Es verdad! Tiene usted razón. Estoy loco. (Se sienta, preocupado)
Por eso me voy. ¿De verdad no quiere entregarle una carta?

Germana.- No puede ser. No debe ser.

^A
(Germana sale, cierra la puerta, eche un vistazo por encima de la barandilla y entra en su cuarto. Jonval está sentado encima del baúl; fuma y medita. En su rostro se advierte una lucha interior. Rosita sale a su cuarto desde la habitación del fondo. Está aún pálida y anda con dificultad)

Pimentel.- ¿Levantada? Es una imprudencia hijita.
(Acude a sostenerla)

Rosita.- Estoy mucho mejor. ¡De verdad! Sentía ganas de moverme; de estar al lado tuyo.
(Pimentel acomoda a su hija en la butaca. Ella contempla la habitación.)

¡Nuestro cuarto de trabajo!
(Pausa)

¿Que te dijo D. Julian?

Pimentel.- Que ha pasado el peligro.

Rosita.- ¿Nada más?

Pimentel.- (Con ternura)
¿No te basta?

Rosita.-

?Y a tí?

(Le pasa un brazo por el cuello
y, atrayéndolo, le abraza.)

?Has sufrido mucho verdad?

Pimentel.-

Si Rosita. Para que negártelo. ¡Si hubie-
ses visto mi angustia...! Pero no hablemos
de ello. Es mejor no pensar.

Rosita.-

?Qué es hoy? ?Jueves? !Tres días! tres
días que, por mi culpa, faltas al tra-
bajo. (Viendo las muchas flores que ale-
gran la habitación.)

!Cuántas flores, papi!

Pimentel.-

No las puse en tu cuarto, por el olor.

Rosita.-

(Con voz quebrada)

?Quién las envió?

Pimentel.-

Todos. Germans, la casera, Juana, Jon-
val... Todos: todos menos el pobre Gast-
tón.

Rosita.-

(A media voz)

!Gastón!

Pimentel.-

Transido de dolor ha pasado estos días
á mi lado. Daba lástima verle. Todos han
sido muy amables.

Rosita.-

?Todos?

Pimentel.-

Sin excepción. Es un consuelo.

Rosita.-

!El sexto piso! !Mi pequeño mundo!
(Emocionada)

Pimentel.-

?Te pasa algo?

Rosita.-

Nada. Nervios.

Pimentel.-

Rosita: entre nosotros hay un secreto,

y eso no debe ser: no puede ser. ? Por qué hiciste... lo que hiciste?

(Rosita Calla)

Tengo derecho a saberlo.

(Rosita sigue sin contestar)

El Doctor me ha dicho que debes casarte. ?Te lo ha dicho a ti también?

Rosita.- Si.

Pimentel.-

(Sonriendo)

Entonces; ?tendrás que abandonarme?

Rosita.-

No. ^{no}Es ¡Jamás te abandonaré!. Tu eres todo para mí.

Pimentel.-

Soy todo para tí, pero cuando te cases, ..., claro eso es lo normal, lo logico; la ilusión de todas las muchachas; encontrar un novio y dejar a us padres. !La vida! !La vida!

(Pausa)

?Tú has pensado en alguien?

Rosita.-

Si.

Pimentel.-

(Sonriendo)

!Hola! ?Y le conozco yo?

Rosita.-

Claro. ¿Me trato yo con gentes a quienes tú no conozcas?

Pimentel.-

Estamos jugando al escondite, hija mía, Dime quien es, si puede saberse. Hace un momento, - no se por qué, - pensé en el hijo de mi colega Saulnier (1) aquel domingo que vinieron, yo noté que te gustaba el muchacho.

Rosita.-

?Porque buscar en Epernay (2) lo que es-

(1) Pronúnciense Solnie. (2) Eperné.

tá en París, en este barrio, en esta calle, y en este piso.

Pimentel.- ¿En el sexto piso?
(Señalando con la mano hacia el descansillo.)
¿Jonval?

Rosita.- (Después de un violento esfuerzo sobre sí misma.)
¿Jonval? No, papi. Es guapo, amable, simpático, inteligente... Pero, no; sinceramente, no. ¿Porque se te ha ocurrido Jonval?

Pimentel.- (Después de mirarla fijamente)
Porque... ¿No? será... Gastón?

Rosita.- (Fingiéndola una sonrisa)
¿Y porqué no?

Pimentel.- (Azorado)
¿Gastón? Confíese que no lo esperaba. ¿El pobre Gastón?. Yo había soñado, para tí, otra cosa, hija mía. Una boda, un marido de merito, digno de tí.

Rosita.- ¿Y no crees que Gastón vale, por lo menos tanto como yo?

Pimentel.- (Que aún no lo puede creer)
¿Gastón! es un buen chico: sí. Pero, ¿Te das cuenta lo que ha de ser tu vida con él? Una vida triste, monótona, sin horizontes, acaso mísera. Tú...; eres la hija de un escritor, de un artista de aspiraciones.!

Rosita.- Pero no me separaré de tu lado.
(Se agorruca junto a él)
Nada cambiará para nosotros, Gastón con-

servaré su cuarto del pasillo y abriremos una puerta de comunicación. Con muy poco dinero, tendremos un piso más amplio.

Pimentel.- Yo soñaba para tí un piso elegante; una casa de campo.

Rosita.- ¡La tendremos! Pequeña, modesta, pero la tendremos.

Pimentel.- Hablas de Gastón como si él estuviera conforme. Como si todo estuviera convenido

Rosita.- Y lo está. Tu lo has sabido tal vez antes que yo. ¿Porqué no me lo dijiste papi?

Pimentel.- Porque... ¡No sé! Quería, primero verte curada. ¡Si hubieses ~~salido~~ frecuentado el mundo, la Sociedad, de fijo te hubieras enamorado, y no de Gastón.

Rosita.- ¡He encontrado al que me hará feliz!
¡Estoy segura!

(Transición)

Seguiré siendo tu secretaria. Escribirás ahora novelas, pensamientos; que llegén al corazón. Yo seré la mujer de otro hombre, un hombre honrado, y tú no tendrás que malgastar tu ingenio en novelas por entregas.

Pimentel.-

(Malagado)

¡Escribir; No hacer otra cosa. ¡No tener que atender ni emplear mi inteligencia nada mas que en escribir! ¡Eh ahí mi ilusión! ¡Tal vez mi egoismo!

Rosita.-

¿Tú egoista? ¿Tú, que solo piensas en los demás? (Acariciándole)

Anda; ¿sabes lo que debes hacer? Ir a tu oficina,

Pimentel.- No quiero dejarte solo.

Rosita.- ¿Por qué? Ya estoy buena.

Pimentel.- ¿Y si necesitas algo?

Rosita.- ¡Nada necesito ya! Además puede venir Germana, y así te irás mas tranquilo.

Pimentel.- (Riendo)
Es fuerte la tentación.

Rosita.- Anda, ve a tu trabajo, No te retrases

Pimentel.- (Levantándose)
Bien. Convencido. ¿Tienes algun encargo que hacerme? ¿Naranjas? ¿Manzanas?
(Se pone el gabán)

Rosita.- Mejor naranjas.
(La besa)
Mañana, seguimos la novela. También se ha retrasado.

Pimentel.- Ni sé por donde íbamos.

Rosita.- "Bajo el sol de Córcega", ¿no reucerdas? Cuando el capitán se escepa...

Pimentel.- Ah, sí. Mañana le pondremos ^{en} libertad al hombre.

(Otra vez la besa)
Hasta luego, hijita.
(Sale el rellano, después de un
(último gesto de despedida, Ya
en este llamo en la puerta de
Max.

Pimentel.- ¿ Germana?

Germana.- (Abriendo)

¿Se va por fin?

Pimentel.- Se despertó, y ha mejorado mucho. ¿Quiere ir a verla de cuando en cuando?

Germana.- ¡No faltaba más!

Pimentel.- Y, ¡ por Dios, mucho cuidado!

Germana.- Vaya tranquilo.

Pimentel. p Gracias.

(Pimentel baja la escalera. Germana le ve descender; llama, luego en la puerta de Rosita, la empuja y entra.)

Germana.- ¿Con que mejor? ¿eh?

Rosita.- (Con sonrisa cansada)

Casi bien. Dígame: ¿le ha visto?

Germana.- Está en su cuarto. Quería verla a V; pero le dije que estaba usted con su padre.

Rosita.- ¿Y él...?

Germana.- Quiso escribirla. Yo me negué a traer la carta.

Rosita.- ¡Ya ha cambiado todo! ¡Ya no importa!

Germana.- ¿Y, qué ha podido cambiar?

Rosita.- Es largo de explicárselo ahora. Y él, ¿cómo está?

Germana.- Parece preocupado.

Rosita.- (Con sonrisa amarga)

!Preocupado...!

(Con subita decisión)

!Vaya a buscarle!

Germana.- No. Que puede perjudicar a V. una entrevista como esta.

Rosita.- Peor sería no verle. Se lo ruego.....
Vaya...

Germana.- Voy, voy; **!Luego diran que una...!**
(Cruza el rellano y llama en la
puerta de Jonval, que este abre.
Está sola. Se fué su padre a la oficina.
Quiere verlo.

(Jonval sale y sigue a Germana
hasta la puerta de los Pimentel,
que Germana empuja, viniendo luego
ella a la barandilla.
Me quedo aquí por si él volviera.

Jonval.- (Desde el umbral)
?Se puede?

Rosita.- Entre, Jonval.
(Jonval entra lentamente. Se miran
ambos un momento, sin decirse
una palabra. Luego él va hacia
ella, como arrepentido.

Jonval.- **!Rosita...!**

Rosita.- No. No trate de disculparse. (Pausa)
Quería verle por última vez. Despedirme.
Por eso le he llamado.

Jonval.- ?Sabía usted...?

Rosita.- ?Qué?

Jonval.- Que... me voy de esta casa. De este piso.

Rosita.-

(Rigida)

?Que... se marcha V.?

Jonval.-

(Mintiendo)

Solo por algún tiempo. Volveré.

Rosita.-

No. Usted no volverá.

Jonval.-

(Debilmente)

?Por qué no?

Rosita.-

(Sonriendo con tristeza)

Porque no le interesa.

(Reaccionando con esfuerzo)

Pero es mejor así.

(Alargandole una mano)

Adios, Jonval.

Jonval.-

(Besa la mano de ella y dice:)

Adios, Rosita..

(Ella vuelve la cara para que él no advierta sus lagrimas. Hay un momento en que él siente el impulso de arrojarse, de rodillas, a los pies de Rosita; pero se contiene y sale despacio al descansillo. Parece turbado. Germana le mira; pero él apenas ni repara en ella, y cruza el rellano diciendo para sí:

Soy un cobarde... Un cobarde... !y un malvado!

(Entra en su cuarto, se pone el abrigo y el sombrero, y vuelve a sentarse en el baúl, con la cara entre las manos.

(Cuando Jonval desaparecio del cuarto de Rosita, ésta cayó en la butaca, abrumada. Se oyen en la escalera, abajo, pasos lentos, pesados; y una ^{voz} llamando en una puerta del quinto piso.

La voz de un Mozo de Cuerda.- ¿El señor Jonval, es aquí? (Dentro)

La Voz de la Señora Maret.-

(En el quinto piso)

En el piso de encima, la primera puerta a la derecha. Yo le acompañaré.

(Suenan ahora vivos pasos, que anuncian la presencia inmediata, en los peldaños visibles, de la Señora Maret, seguida del Mozo de cuerda. Ella espera que este llegue al rellano, para mostrarle la puerta de Jonval.)

Esta es.

(El mozo de cuerda llama)

Jonval.-

(Abriendo)

Entre.

(El mozo de cuerda entra)

Es ese el baúl. Yo me encargo de las maletas.

(El mozo sujeta el baúl con una gran correa de cuero. Mientras tanto, Germana entró sin llamar en la habitación de Rosita; se arrodilló al lado de ésta, le echó el brazo por encima, y la acarició la cabeza, maternalmente. La señora Maret después de esperar un momento llama a la puerta de Jonval, que había quedado entreabierta.)

S^a Maret.-

(Con frialdad)

¿Puedo entrar?

Jonval.-

Cuando guste señora.

(Penetra la señora Maret e inspecciona la habitación sin decir palabra.)

Le debo el mes corriente. ¿No es eso?

Aquí lo tiene.

(Le entrega tres billetes de cien francos.)

S^r Maret.-

Exacto.

(Se guarda los billetes en el bolsillo y sale al rellano en donde se queda para presenciar ostentiblemente la partida de Jonval y del Mozo de cuerda.)

Mozo de Cuerda.-

(A Jonval)

?Me ayuda a cargar?

(Jonval le ayuda a cargar el baúl sobre sus espaldas.)

Jonval.-

Ya está. Vamos.

(El mozo sale al rellano y luego desciende pesadamente la escalera. Jonval ha salido tras él con las dos maletas en la mano.)

Espéreme abajo, que ya voy yo.

(El mozo desaparece. Jonval coloca sus maletas junto a la barandilla, y va a llamar a la puerta de Germana. La puerta se abre y Max aparece en el umbral.)

Amigo Max: vengo a despedirme de usted.

(Max, sin contestarle, mira a Jonval, cejijunto, y cierra su puerta. Jonval baja la cabeza. Luego la alza de nuevo y va al cuarto del Señor Maret. La puerta se abre, Maret aparece en el umbral.)

Señor Maret: vengo a despedirme de usted.

(Maret le mira de arriba abajo y, sin contestarle, cierra su puerta. Jonval comprende; baja la cabeza y va a recoger sus maletines; hace -ya con ellos- un saludo a la señora Maret que, rígida, no le

(contesta y se va lentamente por
la escalera. Rosita se ha incor-
porado en su butaca. Desde la
llegada del Mozo de cuerda ha es-
tado atenta a los ruidos del des-
cansillo. Comprende que Jonval
se marcha; que es el final. Quie-
re levantarse, correr a la puerta
volver a verle antes de que él
desaparezca por la escalera defi-
nitivamente; pero comprende que
es inútil y se desploma sollozan-
do sobre el pecho de Germana.

-TELÓN-

-FIN DEL CUADRO SEPTIMO-

TERCER ACTO

OCTAVO Y ULTIMO CUADRO.

ACTO TERCERO

Octavo Cuadro

(Ha pasado un mes. Son las once de la mañana. El sol entra por la ventana de la antigua habitación de Jonval. Está, vacía, presenta el melancólico aspecto de los cuartos desalquilados. En el de Pimentel hay profusión de flores; muchas flores. Pimentel viste chaqué, y Gastón, traje negro.

Pimentel.-

(Mirando su reloj)

?Qué hora es? Yo tengo las once y cinco.

Gastón.-

Yo, las once y un minuto.

Pimentel.-

No terminan nunca. !Mujeres tenían que ser! (Llama en la puerta de comunicación, y dice, elevando el tono de la voz.

!Que van a ser las once y cuarto!

La Voz de Germana.- (Dentro)

!Ya estamos!

La Voz de Rosita.- (Dentro)

!Ni cinco minutos!

Pimentel.-

(A Gastón)

?Y los taxis?

Gastón.-

Max fué a buscarlos.

Pimentel.-

Una última cosa quiero decirte, Gastón. Dentro de media hora serás el marido de Rosita. Tú has de ser quien mande en tu hogar; yo nunca me mezclaré. No quiero

que veas en mí la sombra no de una suegra, ni la de un suegro, aunque estos son más tolerables. Cuenta Gastón, que confío serás toda tu vida lo que fuiste hasta ahora: un hombre honrado. ¡Un hombre honrado, como han sido siempre los de mi familia! Sé que, a veces, es duro mantenerse íntegro; que es preciso audir al heroísmo para no faltar a nuestro deber, ¿Tú sabes lo que es heroísmo, Gastón?

Gastón.- Yo creo que sí, señor Pimentel.

Pimentel.- Dime padre y tutéame. (Pausa) Has vivido poco, hijo mío. Ha sido la tuya una vida gris, trivial, monótona, con pequeños disgustos y alegrías, sin esas conmociones que envilecen o templan los caracteres. (Toma de la repisa un libro encuadernado.)

Toma: te lo regalo. Es una vieja edición de El Cid. Léelo con atención y en la figura del héroe castellano hallarás muchos motivos de meditación.

Gastón.- Sí, señor Pimentel.

Pimentel.- Dime padre.
(Contemplándole)
Es evidente que serás un buen marido para mi hija.

Gastón.- (Sonriente)
¡Seguro!

Pimentel.- Hazla muy feliz. Lo merece. Te entrego un tesoro, un ángel de bondad.

Gastón.- Desde luego Sr. Pimentel.

Pimentel.-

Acostúmbrate. Llamamé padre. Y si nó, abuelo. Esa ha de ser mi mayor felicidad; tener un nieto. Un nieto que sera hermoso y rozagante. El primer hijo siempre es hermoso, porque es el hijo del amor... (Pausa) Yo bien sé que hemos de ser felices. Dentro de cinco años me jubilarán; iremos todos a vivir al campo. Allí encontrarás trabajo, más fácilmente que aquí. Y yo, por fin, podré dedicarme a la ilusión de toda mi vida. En el descanso, en la tranquilidad, está la inspiración del escritor que crea; la posibilidad de concentrar su espíritu. Aquí no es posible, con el constante ajetreo, y la tiranía del trabajo diario. Yo no veo a nadie, no trato a nadie, fuera de este mundo cerrado del sexto piso, con sus gentes buenas y honradas, pero humildes, de vidas mediocres, sin grandeza, sin nada que pueda inspirar a un escritor. Porque dime, tú, ¿con sinceridad? ¿Qué ha ocurrido aquí, en los veinte años que llevo viviendo entre estas paredes? Nada, absolutamente nada...

(Por la escalera aparece, subiendo los escalones de dos en dos, Max, vestido con su mejor traje y destocado.)

Max.-

!Ya están los taxis!

(Llama en la puerta de los Pimentel)

!Ya están los taxis!

Pimentel.-

(Abriendo)

!Por fin! Gracias, Max.

(Golpea con los nudillos la puerta de comunicación y dice en voz alta:

!Rosita! !Germana! ?Todavía, nó? !Están abajo los taxis!

(Alex ha ido a su cuarto. Germana sale del cuarto del fondo ya arreglada para la boda pero sin sombrero.)

Germana.- Ya estamos listas. Ahora sale la novia. Por cierto; Rosita apenas si tiene fuerzas para tenerse en pié; aún está muy debil; había que pensar como baja la escalera; quizá en una silla...

Gastón.- !Yo la bajaré en mis brazos!

(Germana sale al rellano donde se encuentra con Berta, que ha aparecido por el pasillo y se dirige a ella.)

Berta.- (En tono suplicante)
?No quieres preguntarle...?

Germana.- Ya te dije que no.

Berta.- (Llorando)
?Porqué no me perdonais?

Germana.- !No haber hecho lo que hiciste! ! Lo tienes que purgar!

Berta.- El cuello... Tienes sin abrochar el cuello por detrás.

(Se lo arregla)
?No os parece que ha sido bastante el castigo? Todos me vuelven la espalda; todos me desprecian.

Germana.- (Va a la puerta de los Pimentel.)
!Gastón!

Gastón.- (Abiendo la puerta)

?Pase algo?

Germana.- ?Puedes venir... un momento?

Gastpon.- (Saliendo y viendo a Berta)
!Ah!

Germana.- Perdónela usted. Es una desgraciada.

Berta.- (Llorando)
No supe lo que hacía.

Gastón.- (Tendiéndole la mano)
Todo olvidado.

Berta.- !Gracias! Pero yo quisiera ir también a la boda.
(Llorando)
!No me quiero quedar sola en el piso!

Gastpon.- (Ante la vacilación de Gastón)
Déjela usted venir...

Gastón.- Bueno, que venga.

Germana.- Anda a vestirte. !Corre!

Berta.- (Enjugándose las lágrimas)
Gracias, Gastón. Y... no se lo diga nunca a Rosita. !Nunca!

Gastón.- No se lo diré; vaya tranquila.

(Berta va al pasillo del fondo.
Germana entra en su cuarto. Gas-
tón mira su reloj. Mientrás tan-
to Rosita sale de la habitación
del fondo. Lleva un traje sas-
tre de color claro. Durante to-
do este tiempo, Pimentel no ce-
so de pasearse

Pimentel.- Muy bien, hija mía. ¡Encantadora!
(Llamando)

¡Gastón! ¡Ya estamos todos!

Gastón.- ¡Voy! ¡Voy!

Pimentel.- (ARosita)
¿Feliz?

Rosita.- (Dándole un beso)

Mucho, papito.

(Gastón entra. Pimentel lo atrae
hacia sí, le echa un brazo por
el hombro, y otro tanto hace
con su hija.)

Pimentel.- (Muy emocionado)

¡Queridos hijos: yo quiero expresaros...

(La emoción no le deja continuar.)

No puedo seguir.

(Con una transición)

¡Si apenas ya tenemos tiempo! Voy a bus-
car a la casera.

(Sale al rellano, se asoma por la
barandilla y exclama.)

¡Señora Maret! Ya es la hora.

(Pausa)

¡Señora Maret!

(Como nadie le responde, baja la
escalera. Se le oye llamar en la
puerta del quinto piso y repetir.)

¡Ya es la hora, señora Maret!

(Rosita y Gastón se miran son-
rientes)

Rosita.- Dáme tu mano, Gastón: que yo te sienta
muy cerca de mí. ¡Has sido tan bueno
conmigo!

Gastón.-

(Con sencillez)

No, Rosita. Te quiero. Te quiero con
toda mi alma. Nada más. Y tú, ¿me que-
rrás?

Rosita.-

¡Sí!

Gastón.-

¿No echas nada de menos?

Rosita.-

No. Te juro que no.

(Rosita se ha sentado en un bra-
zo de la butaca. Gastón en el
otro. La abraza. Ella entonces,
reclina su cabeza en el hombro
de él. Los dos callan. Germana
sale de su habitación con un
sombbrero muy cursi.)

Germana.-

(Llamando en la puerta del señor
Maret.)

¡Señor Maret! ¿Está usted listo? Ya nos
vamos. (A Berta, que acaba de salir por
el pasillo del fondo)

¡Hija! ¡Qué sombrero tan cursi!

Berta.-

¿Qué tiene este sombrero, vamos a ver?

Germana.-

Parece una cacerola sin tapar.

Berta.-

Será porque la tapadera se te ha subido a la cabeza.

Germana.-

(Molesta)

¿A mí? ¿De dónde?

Berta.-

¿Quieres verlo?

German.-

¡Atrévete!

(Un poco antes ha salido Max de

(su cuarto con sombrero hongo y
con el bebé en brazos.)

Max.- !Orden! !Orden! distinguidas damas! ?Van
ustedes apelearse ahora/

Maret.- (Que también salió de su habita-
ción a tiempo de oír a las dos
mujeres.)

~~Maret de gallo~~ ?Riña de gallos? !Apuesto por el amari-
llo! (El señor Maret viste traje de
chaqué, con chaleco blanco. Lle-
va bastón. Cuando termina su
breve intervención todos bien.)

Pimentel.- (Subiendo por la escalera y ha-
blando con la señora Maret, a
quien se supone aún el el quin-
to piso.)

Señora: que la boda está señalada a las
once y media !Y ya están abajo los ta-
xis!

La Voz de la Señora Maret.- !Un minuto nada más!
(Aparece Juana por el pasillo del
fondo, con un sencillo traje de
corte fino y elegante, que le
sienta muy bien. La acompaña Ro-
berto)

Germana.- (Admirándola)
!Qué elegante va usted!

Maret.- !Deliciosa!

Pimentel.- !Encantadora!

Juana.- (A Pimentel)
?Permitirá usted que nos acompañe Ro-
berto?

Pimentel.- No faltaba más

Roberto.- Muchas gracias.

Juana.- ?Y a que esperamos?

Pimentel.- A la señora Maret.

Maret.- !Como siempre!

(Ruido de pasos en la escalera.
!Ya está aquí!

(Se asoman por la barandilla. En
los últimos peldaños aparece un
Caballero, a medida que sube,
va mirando con curiosidad a los
inquilinos del sexto piso que,
a su vez, le observan no menos
curiosamente.

Caballero.º

(Desde el cuarto escalón)
?Es aquí donde se alquila un cuarto?

Germana.-

(Indicando el que dejó Jonval)
Es habitación

Caballero.-

?Puedo verla? La portera no quiso subir.

Germana.-

Subirá la casera.

(Asomándose a la barandilla)
!Señora Maret! !Un señor que quiere al-
quilar el cuarto....!

La Voz de la Señora Maret.-

(Desde el quinto piso)
!No diga más! Ya estoy arriba.
(Sube rápidamente, por la escale-
ra, La Señora Maret, rica y os-
tentosamente ataviada.

Sª Maret.-

(Al Caballero, con marcada transi-
ción.

¿Desea conocer usted la habitación?

Caballero.- Sí fuese posible...

S^a Maret.- (Abriendo la puerta con un llavero.)

Entre, caballero.

(El entra y ella le sigue, dejando abierta la puerta.)

Alegre bien ventilada. Preciosa vista de la ciudad... un magnifico sol toda la tarde.

Pimentel.- ¡Ya no podemos *esperar* más!

(Abre la puerta de su cuarto)

Vamos, hijos. Apenas si hay tiempo.

(Volviendo)

! Vamos, todos !

(Rosita sale al descansillo, apoyando su brazo en Gastón.)

Todos.- Buenos dias, Rosita. Buenos dias. ¡Qué guapa! ¡ Qué bien te sienta el traje !

Rosita.- (Sonriendo al traves de sus lágrimas.)

Gracias, muchas gracias a todos.

Pimentel.- Nos vamos señora Maret. No podemos esperar más.

S^a Maret.- (Desde la habitación queda enseñando.)

Váyanse. ¡Váyanse! Yo les alcanzaré en el portal.

Rosita.- (Con leve temblor en la voz)

¿Hay... inquilino nuevo?

Germana.- Es uno que viene a ver el cuarto.

Gastón.-

Ven. Yo te bajare en mis brazos.

(Rosita se cuelga, con los brazos al cuello de Gastón, quien eleva y sujeta el cuerpo de ella con su brazo derecho, mientras que con la mano izquierda coge el pasamanos. Cuando empieza a bajarla escalera, se detiene y pregunta a Rosita.)

?No tienes miedo?

Rosita.-

Yendo contigo, no

(Desaparecen)

Germana.-

En el ^{piso} quinto, pasare delante por si se caen

(Risas generales, Germana baja)

Piemtel.-

(Comienza a bajar y dice, gritando hacia abajo.)

?Que tal vamos?

Voces desde abajo.-

(En el quinto piso)

Bien. !Muy bien!

Caballero.-

Me gusta; pero es un poco caro.

S^a Maret.-

(Saliendo y cerrando la puerta con llave.)

Es el último precio.

La Voz de Germana.-

(Desde el cuarto piso)

!Señora Maret! ?No viene?

S^a Maret.-

(Gritando hacia abajo)

!Voy enseguida! !Voy!

Caballero.-

?Es una boda?

S^a Maret.- Si, señor.

Caballero.- ¿No puede rebajarme veinticinco francos?

S^a Maret.- ¡Imposible! Y perdone que pase delante, pero voy a la boda.

(Comienza a bajar la escalera)

Caballero.- (Siguiéndola)

Perfectamente. ¡ Me decido, señora!

S^a Maret.- (Deteniéndose)

¿Cómo?

Caballero.- Me quedo con la habitación. Pero, dígame: ¿es tranquilo el piso? ¿Los inquilinos son buena gente?

S^a Maret.- (A quién no se la ve más que el busto.)

Unos corderos, señor. Unos mansos corderos. Aquí nunca ocurre nada. ¡Absolutamente nada!

(Se pierde su voz hacia abajo.)

(Tras ella desciende, con cara

muy complacida, el Caballero,

mientras que cae, definitiva-

mente, el telón.)

F I N D E L A O B R A .

